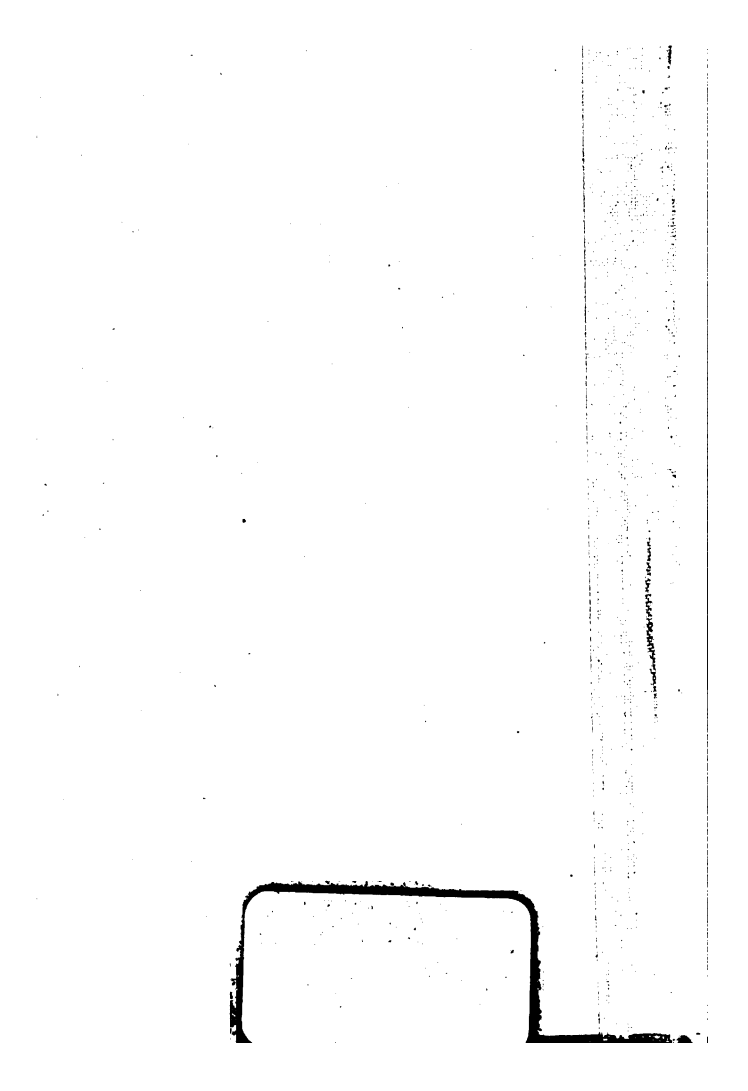
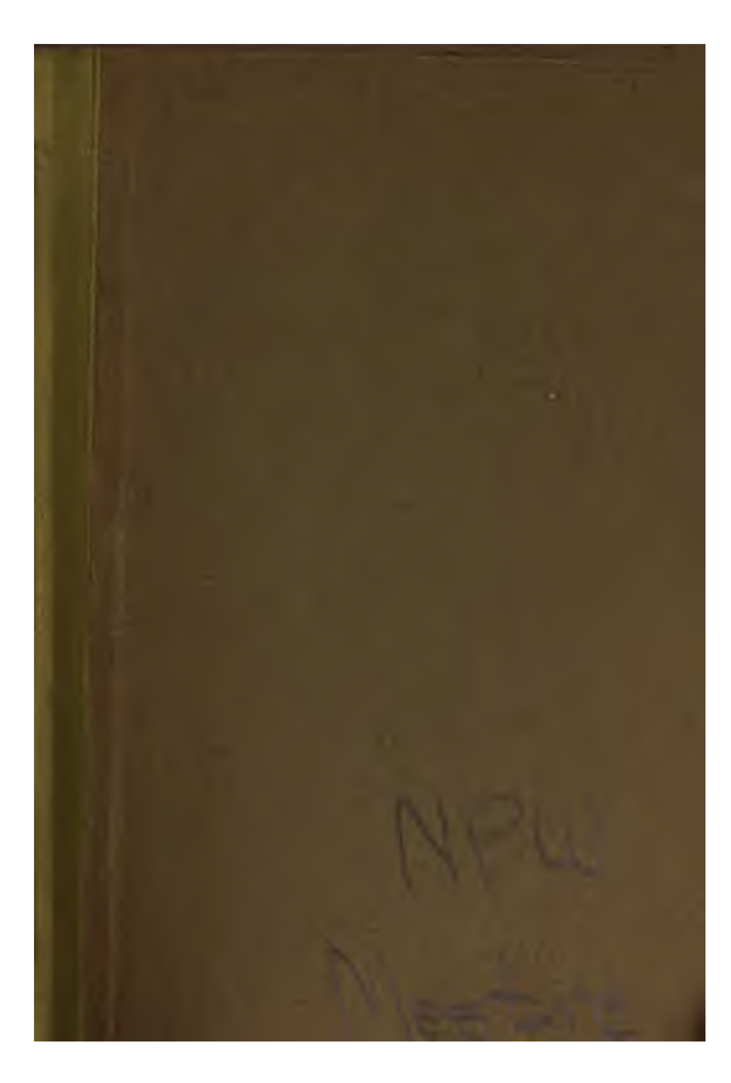



NPW

Recuerdo a mis queridas prim.
Clofa i Elisa Chavez-

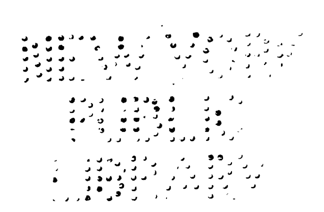
El Autor

POESIAS

DE

ÁNGEL MESTRE I TOLON.

1868.



IMP. "EL COMERCIO"—MAGDALENA 23.
MATANZAS.

Recuerdo a mis queridas primas
Cleofe i Elisa Chavez.

El Autor

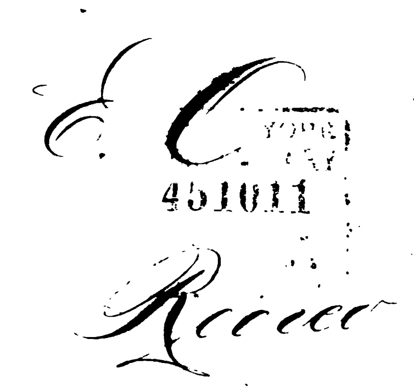
POESIAS

DE

ÁNGEL MESTRE I TOLON.

1868.

IMP. "EL COMERCIO"—MAGDALENA 23.
MATANZAS.


451011

Sra. D.ª Beatriz García Chavez I D. G. Alberto Morera.

En Cuba y en un siglo como el actual, siglo de mezquindad i prosa en que todo se pesa i se quilata, valiéndome de la frase de un escritor ilustre, no falta quien haya comparado al poeta con el agricultor que arroja la prolífica semilla sobre un terreno jeneralmente infructuoso.

Amante de las Musas, i avasallado por ellas desde mui jóven, yo tambien he sembrado con la esperanza de recojer. Por supuesto que el fruto de mi siembra jamas lo verán mis ojos, en razon á no haber ésta producido cosecha nunca. No obstante, algunas flores i muchas espinas debo sin duda á haber consagrado los mas hermosos años de mi juventud al cultivo de un arte tan espiritual i seductor como la Poesia.

Al coleccionar la presente obrita con la mira de dedicárosla, he puesto particular esmero en separar las espinas de las flores, para brindaros éstas, cuyo valor i número, como vereis, es bien escaso.

Sin embargo, flores del alma son las que os ofrezco. Admitidlas, pues, como testimonio del cariño que os profeso, porque en ellas os va con todo su perfume mi corazon de amigo.

Angel Mestre i Tolon.

Matanzas Junio 24 de 1868.

Sr. D. Anjel Mestre y Tolon.

Cádiz, 24 de Marzo de 1868.

Querido Angel: hace un año que surcaste el *elemento triste*, como llama Lamartine al mar. Hace un año que desde la corva popa de la velera nave que te condujo desde los espléndidos campos de Cuba á los verjeles magníficos de Andalucía, saludaste con inspirado acento á la elevada cumbre del Pan, ese gigante de granito que inflamó la esplendorosa fantasía de Miguel Tolon, poeta matancero, regocijo de las musas i orgullo de tu deliciosa tierra natal.

Hace un año que, como los antiguos segundones de Gascuña, pisaste conmovido las benéficas playas de esta ciudad insigne, con un mundo de nobles pensamientos en la soñadora frente i una dulce lira en la trémula mano.

Cantaste con la entonacion propia de los verdaderos trovadores, la pureza del cielo

de Gádes, la benignidad de su clima, la gracia y donosura de sus encantadoras hijas y la magestuosa grandeza del mar que circunda sus muros con un cinturon de blancas olas, que se estrellan murmurantes contra sus macizas murallas, como si lamentasen la decadencia y las desgracias de esta privilegiada hija del Océano, cantada por Quintana, el Tirteo español y admirada por Byron, el príncipe de los líricos ingleses.

Elevaste un himno á tu querida Cuba, himno que es indudablemente la mejor perla de tu corona poética, porque revela ese indefinible encanto de que están inpregnadas las armonías que inspira el santo amor de la patria, que ha sido siempre el motivo de los hechos mas heróicos, el movil inspirador de las concepciones mas sublimes y el agente mas seguro de la inmortalidad.

La elevacion de ideas i el esquisito sentimiento que distingue á esa notable composicion, hicieron que tu nombre sonara por primera vez en los oidos del pueblo andaluz, que te acogió con el cariño con que la noble España recibe á los hijos de la hermosa Cuba.

La poética Andalucia, este encantado vergel del orbe, escucha siempre á los peregrinos de las musas que llegan á sus campos, donde la primavera tiene su templo de azucena i alelies, con las lámparas encendidas como

las vírgenes sábias del Nuevo Testamento.

Los recuerdos, querido Angel, son los amigos íntimos de los sentimientos mas puros del alma y la existencia de las ilusiones. Yo al leer esta bellísima estrofa de tu despedida à la patria:

Lejos, allá, del húmedo horizonte
Sobre la incierta línea,
Que de tinta carmínea
Baña el sol y de púrpura y zafiro,
Envuelta en blanco y traparente velo
Entre copiosas lágrimas ya miro
Confundirse la patria con el cielo,

recordé tu amistad y te abrí mis brazos, como hoy te abro las columnas de mi *Revista*, porque comprendo que pensar y escribir del pais donde se ha nacido es estar en él. No he olvidado ni olvidaré jamás los alegres dias pasados en la encantada *ciudad de los dos rios*. Recuerdo las veces que he preguntado al esplendente cielo de los trópicos, en esa estacion deliciosa en que rompen sus prisiones las crisálidas y vuelan en torno de las flores las mariposas, por mi adorada Gádes. Recuerdo con júbilo nuestras espediciones al asombroso *Valle del Yumurí*, cuando entre nubes purpurinas brilla dudoso el lucero de la tarde.

Recuerdo cuando nos sentábamos bajo la agradable sombra de los índicos palmares en la bendita hora en que las flores, esas hijas mimadas de la primavera, embalsaman

la atmósfera con sus gratos perfumes, y en que las benéficas brisas mitigan el calor producido por los ardientes rayos del sol de los trópicos.

Veíamos á lo largo de las seibas los productivos cafetos; aspirábamos el aroma de los deliciosos naranjos; oíamos la grata conversacion del susurrante vientecillo con las sonantes cañas, y el melodioso trino del sinsonte, ese ruiseñor cubano: cerca de nosotros teníamos los lirios silvestres y los ricos cocoteros; contemplábamos al luminoso cocuyo que parecia una estrella errante desprendida del firmamento i que vagaba por el aire como el suspiro de una alma enamorada: los pintados colibries y los vistosos picos-verdes se posaban en las ramas de los pinos, las fuentes murmuraban, los arroyos gemian, las aves trinaban, y yo estasiado me imaginaba en el paraiso en el primer dia de la creacion Me figuraba contemplar al viejo cacique de lacios cabellos y miradas dulces rodeado de sus trigueñas indias adornadas con sus macizos collares, sus airosos penachos de plumas de diversos colores, y con sus grandes aretes de oro; conversaba soñoliento con *Mabey*, el bondadoso cacique del *Yumurí*, y penetraba en la tosca vivienda de las graciosas indias, puras como el primer beso de un niño, y bellas como la luna que riela sobre las ondas del Almendar. Admiraba la noble fran-

queza de los *siboneyes* que me ofrecian su pan de cazabe, sus deliciosos plátanos, su sabrosa piña, el agua pura de sus manantiales y sus pájaros de vistosas plumas. Veia al robusto y ágil siboney en su *piragua* cruzar rápido como el pensamiento la cristalina corriente del indiano rio y bendecia á ese encantador idilio de la naturaleza que se llama Cuba. Entónces mi pensamiento se fijaba en mi patria, en esa segunda vida del hombre, y preguntaba por ella con conmovido acento á la humilde cabaña del *guagiro*; á la gentil golondrina que atravesaba el verde monte; á la criolla palma, que magestuosamente agitaba sus largas hojas como si quisiera calmar la ansiedad que me devoraba; á las aves marinas al ciervo en fin que cruzaba la campiña huyendo del incansable cazador su enemigo mortal. Tú me consolabas con esa gracia. y esa naturalidad imponderable que constituye el bello carácter de los cubanos, y entonces la poesia, esa hermosa mañana de la existencia; ese perfume del corazon; ese bálsamo de las penas; ese arsenal del pensamiento; ese espejo de la naturaleza; esa segunda creacion que Dios ha permitido á sus hijos predilectos; ese rayo de la divinidad que inmortaliza todos los asuntos por elevados que sean; esa llama interna que irradia en el santuario del alma y enciende en la inquieta fantasía el misterioso fuego de la inspiracion, se apoderaba de

nosotros y sentíamos con el melancólico Milanés.

Derramábamos una lágrima a la memoria del infortunado Plácido, el Beranger matancero i saboreábamos los versos de J. C. Zenea.

Aplaudíamos á Fornarìs; celebrábamos los magníficos arranques líricos de Tula Avellaneda, esa Safo del Nuevo Mundo; admirábamos las vigorosas inspiraciones del Cantor del Niágara, del inolvidable Heredia, ese Quintana cubano, cuyo grato recuerdo hace latir de orgullo los patrióticos corazones de los nobles hispano-americanos; elogiábamos las sencillas y dulces concepciones de Luisa Perez de Zambrana, i bendeciamos á la Providencia que tan pródiga se ha mostrado con los que han tenido la dicha de nacer en tan afortunado pais.

Con estos recuerdos que viven en mi memoria, como viven en mi alma las puras impresiones de la niñez, no podia negarte mi amistad ni mi periódico, porque el agradecimiento es la virtud de los corazones justos y yo tendré siempre un suspiro de amor i una lágrima de reconocimiento para esa Cuba hospitalaria, que me recibió como una madre cariñosa, cuando humilde peregrino pisé su suelo tapizado de rosas, i fijé mis ojos en su cielo tachonado de estrellas.

Me remites una coleccion de tus poesias

las cuales he leido con placer indencible pues en delicadísimos pensamientos que ha sabido tu imajinacion florida engastar es una rima siempre armoniosa revelas cuanto es sensible tu alma apasionada, solitaria i entusiasta.

No dudo que la admiracion i el aplauso coronarán tu obra, ¡i tu bella patria verá agradecida un trabajo en que se atesoran los sasonados frutos de tu inteligencia.

Estas líneas, querido Angel, que mi cariño te dedica, están dictadas por el corazon i son hijas de una amistad sincera nacida entre las palmas i las aves de tu bello país, i acrecentada con el arrullo de las aguas que besan los muros de la ciudad donde se meció mi cuna.

La amistad es uno de los sentimientos mas nobles i desinteresados de que Dios ha henchido el corazon del hombre. ¡Plegue á Dios concederte la ventura de que eres digno, como mi patria te ha concedido su cariño i su benevolencia!

Victor Caballero i Valero.

ERRATAS.

Pájina 26, línea 9; donde dice: Peregrina hácia tí tiendes las alas,—léase: Peregrina hácia tí tiende las alas.—Pájina 37, línea 11, dice: Te escucho i a la par admírote: léase: Te escucho á la par que admírote.—Pájina 64, línea 3, donde dice: I con los ánjeles sueñas: léase: I con los querubes sueñas.—Páji. 73, línea 6; dice: Bañando con luz los encumbrados montes; debiendo decir: Bañando en luz los encumbrados montes.—En la misma pájína, línea 21, dice: Que a Tirso i Lopez i Calderon dió vida, léase: Que a Tirso i Lope i Calderon dió vida.— Pájina 75, línea 23, Tu nombre hará sonar de jente en jente. léase: Tu nombre hará correr de jente en jente.—Pájina 78, línea 21, dice: Ven! qué yo te contaré la bella historia, debiendo decir: Ah¡ ven! que yo te contaré la historia.–En la misma, línea 22 dice: De los indios felices que

habitaban, debiendo decir: De los indios felices que habitaron. Pájina 84, verso 15, dice: Lábio cual entreabiertas combusteras: léase: Lábios cual entreabiertas cambusteras. Pájina 121, línea 11, dice: Asilo hallaré Asilo; debe decir: Asilo hallaré seguro. Pájina 125, línea 15, dice: Del al cielo nocturno al lloro, debiendo decir: Del cielo al nocturno lloro. En la pájina 26, la fecha debe ser 1858 i no 1868--Pájina 135, verso primero, dice: !Cuan sensible el alma ma: léase: ¡Cuán sensible el alma mía!--Pájina 139, línea 9, dice: Va a coronarlo al martirio, debiendo decir: Va a coronarlo el martirio.—En la misma, línea 10, dice: Va alimentarlo al dolor; léase: Va a alimentarlo el dolor.—En la misma, línea última, dice: Carga la pesada Cruz, debiendo decir: Cargo la pesada cruz.

I.

A CUBA,

AL PARTIR PARA EUROPA.

Buenas noches i adios, tierra natal.
Byron.

Aquí estoi sobre el mar!—Sus blandas olas
Mecidas por el céfiro süave,
Columpian con amor la hermosa nave,
ue a las lejanas playas españolas
a se apresta a zarpar.....
¡O Cuba mia!

Tierra de bendicion, donde lozana
Primavera sin fin prados i montes
De primorosas flores engalana:
Sirena de la mar, amable Musa
De mi lánguida i triste poesía;
Trémulo el labio proferir rehusa
El adios lastimero,
Que, sollozando el corazon, te envía,
Al declinar el sol, desde la popa
Del frájil leño, que al rayar el dia
Ha de llevarme a la caduca Europa.

Todo es tristeza a mi alredor!—Parece
Que mi destino aciago
Naturaleza llora,
Al ténue susurrar del viento vago,
Que las olas del mar plácido mece.
Hermosa como nunca resplandece
La estrella de la tarde rutilante,
Que en las brumas de ocaso se adormece
Cual la vírjen en brazos de su amante.
Es el solemne instante
En que la tarde sonrosada i pura
Cede a la noche oscura
El imperio del mundo: salpicada
De estrellas mil, su vestidura ostenta
La bóveda azulada,
I cien naves, ancladas en el puerto

De la Habana opulenta,
Asemejan fantasmas pavorosas,
Que, de la tarde al resplandor incierto,
Flotan sobre las aguas silenciosas.

Mal envuelta la frente soberana
Entre agrupadas nubes,
El Sol resplandeciente
Vendrá el espacio a iluminar mañana,
Tiñendo de záfir, ópalo i grana
La bóveda del cielo trasparente.
La luz vivificante
De su disco de fuego desprendida,
Reflejará en las torres altaneras
Del templo melancólico i lejano,
Que, con lenguas de bronce, al buen cristiano
A la plegaria matinal convida.
Humilde como siempre el techo mio
Contemplaré, con emocion secreta,
Levantarse entre el blanco caserío
De la hermosa Ciudad, que me dió un alma
Sensible de poeta.
I el corazon en tanto,
Bajo el pesar intenso que lo abruma,
Al cielo elevará su triste queja,
Miéntras la nàve rápida se aleja,
I un blanco surco de hervidora espuma
Sobre el abismo proceloso deja.

En confuso tropel, a mi memoria
Acudirán entónces de una historia
Con lágrimas escrita,
Las crueles remembranzas:
Vendrá el recuerdo de la dulce cita,
I el del risueño porvenir de gloria
Que me brindaron locas esperanzas.

¡Cuántos sueños de amor, imajinados
Al tembloroso rayo de la luna,
Se quedan con mi ausencia sepultados
En ese Eden do se meció mi cuna!
¡Qué grato no será,—cuando corriendo
Vaya sobre los mares
Del huracan soberbio los azares—
Pensar que estoi en mi delirio oyendo
La querellosa voz de mis palmares,
Que azota el bóreas con furor tremendo!

Oceano! tu cólera iracunda
Jamás me amedrentó!.... Pláceme verte
Los flancos de mi nave contrastando,
En tu insondable lecho revolverte
Montes de espuma alzando;
Que a mí tambien,—como al Cantor famoso
Que tu grandeza eternizó en el verso,—
Me inspiran el bramido fragoroso

Que al firmamento elevas irritado,
I el que ostentas en calma, espejo terso
Del Supremo Hacedor de lo creado....

Léjos, allá, del húmedo horizonte
Sobre la incierta línea,
Que de tinta carmínea
Baña el sol, i de púrpura y zafiro,
Envuelta en blanco i trasparente velo,
Entre copiosas lágrimas ya miro
Confundirse la patria con el cielo!...

Adios, tierra de Cuba! Adios, hermosa
Isla, por tantos pechos codiciada!
De tí me alejo, mas tu imájen bella
Aquí en el corazon llevo grabada.
Adonde quiera que me arroje airada
De mi destino la implacable estrella,
Tu nombre en mis oidos, ¡Cuba mia!
Resonará cual célica armonía.

¡Encantada rejion! ¡Heróica España!
Alza la altiva frente
Del seno de la mar, que mansamente
De plata i de zafir tus costas baña.
Alzala, i muestra al alma que te adora
I a admirar tu grandeza se adelanta,
Tanto prodijio i maravilla tanta

Como en tu suelo obró la raza mora.
Que yo,—cobrando el desmayado brio,
Cual gladiador que vuela a la pelea,—
Al ensalzar tu gloria y poderío,
¡O España hermosa! el pensamiento mio
Haré que digno de tu nombre sea.

(Oceano Atlántico, Julio de 1866.)

II.

AL DULCE POETA I ECSALTADO

PERIODISTA

Don Eduardo Asquerino. (*)

Dos glorias en tí contemplo:
Escasa anduvo la Fama
Para dos glorias un templo.
E. Asquerino.

Cuando a mi Cuba por la vez primera
Viniste lleno de entusiasmo i fé,
¡Con qué alborozo—pequeñuelo entónces—
Tus preciosos cantares escuché!

(*) Esta composicion fué leida por su autor en el banquete político, con que obsequiaron al Sr. Asquerino los progresistas de la isla de Cuba.

Hoi que tornas de nuevo a visitarla,
Hoi que todos te obsequian con amor,
En tí admirando al publicista ilustre,
I aplaudiendo al modesto trovador;

Hoi que vuelves a ver en nuestros campos
Al *aguinaldo* su corola abrir,
I oyes el trino del *solibio*, i miras
La esbelta palma su penacho erguir;

En las tardes poéticas de invierno,
Bajo verdes doseles de *bambú*,
Invoca al númen, el laud apronta,
I canta como sabes cantar tú.

¡Qué mas de un pensamiento al jenio tuyo
Le deba este país de promision!
¡Qué no se diga, cuando a España tornes,
Que no hallaste en mi patria inspiracion!

Himnos entona, pues, himnos sonoros,
Como aquel que entonaste, al saludar
A la morena Vírjen de occidente,
Dormida a los arrullos de la mar.

Cantos que truenen, i conviertan pronto
El solio del Error en ataud,
En donde yazga el Retroceso muerto
I se eleve triunfante la Virtúd.

Cuando las cuerdas entusiasta pulsas
De tu armoniosa lira de cristal,
Alma, sin duda, á tus cantares presta
La balsámica brisa tropical.

Otras vezes despiden tus baladas
El delicioso aroma del clavel,
I son siempre tan dulces, tan sentidas,
Que tal parece que destilan miel.

I es que la Musa de los hombres libres,
La Musa de Espronceda i Castelar,
En las árduas contiendas del ingenio
Tu espíritu desciende a iluminar.

Oh, sí, tú eres poeta!—Tu alma noble
Jamás de sus principios abjuró:
Ya el arpa embrazes, o la pluma esgrimas,
Todos te aplauden i el primero yo.

¡Gloria a tu nombre, trovador ibero,
Adalid progresista i liberal,
En cuya frente, que plegó el martirio,
La juventud aun tiende su cendal.

No pienses que un profano es quien te ensalza.
Yo tambien, aunque humilde, vate soi;
Yo tambien, como tú, bajo la enseña
Del Progreso inmortal cantando voi.

Hoi que *El Siglo* i *La América* a porfia
De ilustracion difunden un caudal,
Iluminando esta bendita tierra
Que gobierna un insigne jeneral; (*)

Hoi que mi patria alborozada alienta,
Merced à los decretos que espidió
La benévola Reina, cuya mano
La frente de Quintana coronó,

En tus filas admíteme poeta,
Yo marcho siempre de tu huella en pos;
Yo a tu causa me acojo, porque es santa,
Porque es la causa que bendice Dios.

Habana, 1865.

(*) Alude al padre de los cubanos, al honrado i valiente general Dulce.

III.

ANIBAL.

Como el fiero leon de la Numidia
Sus cachorros congrega a la pelea,
Así Aníbal, leon de la Nemea,
Convoca sus falanjes a la lidia.

Porque tema el romano su perfidia,
Prende en Sagunto sanguinaria tea:
Que del orbe señora Italia sea
Enciende en sus entrañas cruel envidia.

Sembrando por la Europa el esterminio,
Venció en Tesino, Cannas, Trasimeno,
Triunfó de Paulo i derrotó a Flaminio;

Mas, diezmadas en Capua sus lejiones,
Tumba en Asia se abrió con el veneno
El rival de los bravos Escipiones.

1866.

IV

LA ILUSTRACION.

ODA

A LA JUVENTUD.

(Dedicada a mi ilustrado amigo el Sr. D. José Fernandez Célis).

Musa de la verdad i de la ciencia,
Que al precioso saber siempre presides,
I el orbe todo, a tu ambicion mezquino,
En un instante poderosa mides.
Tú, de la Omnipotencia
Destello celestial; rayo divino
Que iluminas la vasta inteligencia
Del filósofo audaz......El alma mia
Hoi tu favor implora:
Presta, presta a mi frente, que deslumbras,

Un rayo de la antorcha brilladora
Que ajitas en la mano,
I con la cual alumbras
Las estrellas, la tierra, el oceano.
Asi podré con espresion sonora,
Despiertas a tu influjo mis potencias,
Cantar al son del arpa vibradora
La sublime grandeza de las ciencias,
Que el saber en su alcázar atesora.

Nace el hombre infeliz!—La edad dichosa
En breve pasa de la alegre infancia;
Mas la ciega ignorancia
No huye con ella, nó: queda ominosa
Velando adustamente
Del mancebo infeliz la jóven frente,—
Donde quizá jermina
De intelijencia inagotable mina,—
Como suele importuna
Nube eclipsar en noche refuljente
El claro disco de amorosa luna.
Pero,—rayo de luz vivificante
La hermosa Ilustracion,—parte radiante
De la diadema pura
Del Todopoderoso: ella depura
Del inesperto infante
La razon, en tinieblas sumerjida,
I remonta su espíritu anhelante

A esa bella rejion, en luz bañada,
Del vulgo de los hombres ignorada,
I solo por los sabios conocida.

Que así como el lucero matutino
Conduce por la bóveda azulada
Al astro rejio, luminar del dia,
Así la Ilustracion al hombre guia
De la ecsistencia en el erial camino,
Sirviéndole de escudo
Contra los golpes de la suerte impía
I el huracan de la desgracia rudo.
En el libro del tiempo indestructible,
Benigna ella le enseña
A conquistar el láuro inmarcesible
De la inmortalidad: sabias lecciones
Le muestra de virtud, apaciguando
El volcánico ardor de sus pasiones.

Salve, fuente de luz! — A tu fecundo
Raudal corrí sediento
De gloria i de saber; i en el momento
Que bebí de tus aguas celestiales,
Noté á mis ojos transformado el mundo,
Desprecié la ignorancia
Cual aborto del Báratro profundo,
I la suerte envidié de los mortales

Que, a fuerza de constancia,
De fatigas i afanes i desvelos,
Alcanzaron la palma de la gloria,
Con que hicieron eterna su memoria.

No ecsiste, nó, en la tierra mas preciado
Tesoro que el saber.... ¡Todo perece
Al capricho del hado!...
Riquezas, gracias, títulos, hohores,
I cuanto halaga el sórdido egoismo
De imbécil potentado,
En pavoroso abismo
De miseria i dolores
Se mira en un instante transformado.

Pero la fuente que del Jenio brota
Iluminando la razon humana,
Jamas enturbia su raudal ni agota
Porque del sabio Omnipotente emana.
Ella en el mundo al hombre diviniza,
I cuando éste abandona la clausura
Terrenal de la vida transitoria,
Su nombre i su memoria
La Fama con su trompa inmortaliza.

Por éso, tras la oscura

Tiniebla de los siglos, aun resuena
La acorde trompa del Cantor de Aquiles;
Por eso la natura
Aun atónita admira
La hermosa voz del Orador romano
I de Virgilio la templada lira.

Aun retumba de Byron la valiente
Enérjica espresion atronadora;
Aun llora nuestro pecho tiernamente,
Cuando Petrarca desamado llora;
Resuenan todavía
Del Tórmes en la vega seductora
Los idilios del dulce Garcilaso;
Aun siente el corazon melancolía,
Si del divino Taso
Escucha la cancion desgarradora.

Nada intimida, nada,
Ni al jenio arredra en su glorioso vuelo;
Pues si no basta el suelo
A colmar su ambicion ilimitada,
Abre las alas i se eleva al cielo.

Mirad, si nó, en oscura
Prision encarcelado a Galileo,

Quién de la tierra el movimiento abjura
De Inquisidor fanático al mandado;
Pero, vedle despues,—¡cual despechado
E pour si muove con vigor esclama,
Miéntras jirando el globo, su triunfo
Sobre el imbécil fanatismo aclama!
El fruto de un manzano
Contempla Néwton descender al suelo,
I atónito sorprende
Las leyes de atraccion que al orbe ríjen,
I que los astros sin cesar dirijen
En la espléndida bóveda del cielo.
Por la luz de la ciencia iluminado,
Al aire desplegando el dócil lino,
Surca valiente el jenovés Marino
Las ondas del Atlántico irritado
Con majestad serena,
I triunfante revela al Viejo Mundo
El mundo de la América ignorado,
Que Field mas tarde con Albion enlaza,
Sumerjiendo la eléctrica cadena
En la sima del piélago profundo.

¡Loor eterno al nombre
Del osado mortal, que en un instante
Por el ceruleo seno del Atlante
Hizo volar de un continente al otro
El pensamiento colosal del hombre!

¡Gloria al sabio tambien! que no contento
Con sorprender el mineral portento
Que el continente en sus entrañas cierra
I el mar en sus cavernas atesora,
Abandona la tierra,
El alto monte en su ambicion desdora,
I en alas de tan noble atrevimiento
Por el espacio indefinido vaga,
I temerario indaga
El insondable arcano,
Que esconde el estrellado firmamento
Para sarcasmo del linaje humano.

Hermosa juventúd, que oyes atenta
La débil voz de un trovador amigo,
I, en pos de ilustracion, corres sedienta
De la santa virtud bajo el abrigo;
Imita a esos talentos a porfía:
De las ciencias, las artes i las letras
Dedícate al estudio noche i dia
Con especial esmero:
Así podrás subir hasta la cumbre,
Bañada en viva lumbre,
Do llegaron Copérnico, Keplero,
Ticiano i Dante, Calderon y Homero.

V.

A GERTRUDIS G. AVELLANEDA,

EN SU CORONACION.

Esa corona que en tu frente egrejia
Colocan hoi dos femeniles manos,
Aun vale mas que la diadema rejia
Que ciñen de la tierra los tiranos.

Sí, vale mas!—que la ignorancia absorta
Huye espantada al resplandor que envia,
Como la sombra que la noche aborta
Al luminoso amanecer del dia.

¡Bendigo esa corona! porque solo
Ilustracion i libertad proclama,

Desde los mares que conjela el polo
Hasta el país que el ecuador inflama.

I hora que puesta en tu cabeza, adquieren
Sus hojas de oro i de laurel mas brillo,
Mis vanidades de poeta mueren,
Rompo mi lira i a tus piés la humillo.

1861.

VI.

El Alcázar de Sevilla.

Visitar el rejio Alcázar
Con que orgullosa se ufana
La seductora Sultana
Del sesgo Guadalquivir,
Fué de todos los deseos
Que realizar yo anhelaba,
El que mas acariciaba
Cuando de Cuba partí.

¡Cuántas veces repasando
En mi tierra americana,
La hermosa leyenda hispana
Que mi padre me enseñó,
La traviesa fantasía
Pintóme á Iberia mui léjos,
Bañada por los reflejos
Del ya moribundo sol!

I de una ilusion en otra
Mi imajinacion saltando,
Cual mariposa volando
Versátil de flor en flor,
Visitaba, ora el Alcázar,
Ora la Torre del Oro,
I otras grandezas que el moro
En España nos dejó.

Grandezas que al hombre admiran
I que asombran al poeta,
Monumentos que respeta
Benigno el tiempo al pasar,
Para que padrones sean
En las futuras edades,
De traicion i de crueldades,
De opulencia i majestad.

¡Portentosa maravilla
De arquitectura suprema,
Hoi de las artes poema,
De reyes morada ayer!
Cuando recorrí tus patios
I visité tus salones,
Mil contrarias emociones
Sentí, que esplicar no se.

De deleite me embriagaron
Tus jardines, limitados

De altos muros almenados,
Que el pincel supo adornar,
I me arrullaron tus fuentes
Dònde el agua se desata,
Semejando hilos de plata
O serpientes de cristal.

Primorosos arabescos,
Capiteles cincelados,
I azulejos i estucados
Por do quier en tí admiré:
Del *Salon de las Muñecas*
Me deslumbró la hermosura,
Porque es tanta su blancura,
Que deslumbra al que lo ve.

Cuando de las *Cien Doncellas*
Visité el salon precioso,
Me acordé del pacto odioso
Que Mauregato aprobó:
Allí el rei moro el tributo
Convenido recibia,
Tributo que en fausto dia
Alfonso el Casto abolió.

¡De cuanta tétrica escena
No eres testigo, o morada!
Quizá en la noche callada
Retumbe en el arteson,

Que sostienen tus columnas
De blanco mármol bruñido,
Do la Padilla el jemido
O el lamento de Leonor.

¡Rejio Alcázar de Sevilla!
¡Magnífico monumento!
Tu marmóreo pavimento
De sangre manchado está;
Si los siglos en su vuelo
Tu soberbia han respetado,
Ese borron no han lavado,
Ni conseguirán lavar.

El, en el rejio aposento,
Preconiza asaz visible,
El fratricidió terrible
Que cometió Pedro el Cruel,
Cuyos crímenes mas tarde
Expió muriendo a mano
De Don Enrique su hermano.
En la lucha de Montiel.

¡Mansion de reyes, que un dia
De Abdalasis fuiste encanto!
Si las huestes del Rei Santo
No lograstes afrontar,
Vano es que al tiempo provoques.
Que aunque eterno te imajinas.

El jenio atroz de las ruinas
Sobre tí se asentará.

Quédate adios miéntras tanto
Con tus pensiles i ambientes,
I tus saltadoras fuentes
I tu espléndido dosel,
Siendo asombro del viajero
Que atónito al visitarte,
Ve en tí un prodijio del arte
Que en piedra talló el cincel.

1867.

VII.

A CÁDIZ.

Sirena te soñé en la patria mía,
Ondina de la mar te imajinaba
Mi acalorada i loca fantasía:
Sin verte aun, el alma te queria,
Sin conocerte, el corazon te amaba.

La alondra soi, que abandonando el nido,
Desde el pensil de América florido,
Rico de aromas, músicas i galas,
Peregrina hácia tí tiendes las alas
Para admirar tu suelo bendecido.

Ahí estas!.. ¡cuán bella!—Sus espuma
En sábanas de rica encajeria
Las olas te tributan a porfía,
Casta paloma de mullidas plumas,
Doradas por el sol de Andalucía.

Guirnaldas mil de flores primorosas
Para tí entretejí, Vírjen de amores:
Yo tengo el lirio azul; yo las mejores
Que primavera acopia, frescas rosas
Variadas en matiz, ricas de olores,

¡Míralas perfumar el aire vano
Que aspiran tus hermosas noche i dia!
Mira el nardo, que es vaso de ambrosía
I el clavel, que del huerto soberano
Proclaman las violetas, Cádiz mia!

Para tus hijas yo las traje todas:
A las vírjenes da las azucenas,
Pues ámbas de candor se encuentran llenas,
I a las que vistan el cendal de bodas
Da mis camelias de fragancia ajenas.

¡I esa tan triste flor quede guardada!...
I cuando muerto el cuerpo, mi alma suba
Del juicio en pos a la eternal morada,
Colócala en la tumba destinada
Al emigrado trovador de Cuba.

VII.

JUDIT.

A la indomable diestra sucumbia
De Holofernes, Betulia consternada,
I ante la imájen de Jehová postrada,
Así la Hebrea con fervor decia:

«Dios que dominas la rejion vacia
De rutilantes mundos coronada:
Tú, a cuya voz el universo es nada,
Aliento presta a la venganza mía.»

Era Judit: su corazon enciende
El patriotismo con anhelo santo;
I cuando el sueño crapuloso vende

Al jefe asirio de Israel espanto,
El corvo alfanje con audacia vibra,
Hiéndele el cuello i a Betulia libra.

IX.

EN EL TEMPLO.

I.

En la actitud de una vírgen
Con místico arrobamiento,
Yo te contemplé ayer tarde
Arrodillada en el templo.
Orabas, luz de mis ojos,
Y en instante tan supremo,
Mas que mujer parecias
Un serafin de los cielos.
Negra cual nunca brillaba
La trenza de tus cabellos,
Tan negra, como la noche
Del tenaz remordimiento.
Y tu semblante simpático,
Porque luciera mas bello,
Mostraba en cada mejilla
De rosa dos blancos pétalos.
¡Que bella estabas, Anjélica,
Qué bella en aquel momento,
En la actitud de una vírgen
Arrodillada en el Templo!

II.

¡O niña de rostro pálido
I rasgados ojos negros,
De cuya cabeza helénica
Caen destrenzados cabellos!
¡Mal pretendes encubrirte
A mis ojos indiscretos!
¡Mal pretendes tus hechizos
Ocultarme tras del velo,
Que ante el Cristo venerando
Tiendes con recojimiento!
¡Te reconozco!.... la misma
Eres que en mi blando pecho
De la fé ya amortiguada
Reviviste el santo fuego.
¡Bendita la hermosa niña!
¡Bendito el ángel benéfico
A quien léjos de la Patria
Canté de la Patria léjos!

X.

A MI DISTINGUIDA AMIGA

LA EMINENTE POETISA

G. G. AVELLANEDA.

Tu voz no es de este mundo! tu voz que omnipotente
Imita el son del rayo, la bronca voz del mar,
La música del bosque, el eco del torrente,
I el grito de la alondra cansada de llorar.

Lamentes bajo un sauce tus muertas ilusiones,
Entones junto a un mirto los himnos del placer,
No hai alma que escuchando tus férvidas canciones
No sienta de entusiasmo su pecho estremecer.

Löastes en tu lira la enseña del cristiano
Con tan supremo arrobo, con tan valiente voz,
Que oyendo absorto el mundo tu canto soberano
De Safo vencedora triunfante te aclamó.

¡Sirena americana! tus férvidas canciones
Revelan lo que siente tu hermoso corazon,
Si en alas de tu jenio por célicas rejiones
Te anima el fuego santo de ardiente inspiracion.

Si sueñas con querubes, si habitas otro espacio
Vedado a las miradas del mísero mortal,
Revélanos tus sueños de nácar i topacio,
I píntanos el mundo que alcanzas a mirar.

XI.

EL CANÍMAR. (*)

Entre soberbios montes, que aun ostentan
La rudeza salvaje primitiva,
Sobre un lecho de mangles cenagoso,
Tributario del mar, corre el Canímar.
Ancho en su boca—que una barra obstruye—
Discurren sus corrientes fujitivas....
Cuando en el mar de la ecsistencia entramos
Raudas así las horas se deslizan.
Ni una flor engalana sus contornos,
Ni un arenal alegra sus orillas,
Aridas rocas su caudal contienen,
Silvestre el junco a su redor se cria.

(*) Majestuoso i pintoresco rio, mui prócsimo a la ciudad de Matánzas, en cuya bahía desemboca.

De espesos matorrales sus laderas
Cubiertas siempre están: allí guarida
Tiene el caiman de traicionero instinto,
Que al solitario pescadór atisba.
Tal vez el tiempo para abrirle cauce
Las tempestades conjuró: encendida
En la luz del relámpago instántaneo
De Dios resplandeció la faz divina:
El trueno retumbó: del noto fiero
Al contínuo batir, la sierra altísima
Al valle vino, i presuroso el rio
Cauce se abrió con majestad terrífica.
Contempladle!—Es el mismo en cuyas grutas
El retronante *caracol* se oia;
El mismo, sí. que en tiempos de ignorancia
De chozas coronó la raza india.
Jeneracion de víctimas!—Vestijio
Vuestro no queda ya: fueron los dias
De ventura i de paz i de inocencia
En que estas ondas la *piragüa* hendia.
O vosotros, sencillos trovadores,
Que atesoráis un corazon de artista,
I en la tierra por único tesoro
Solo teneis una armoniosa lira;
I vosotros, pintores, que andais siempre
En busca de sublimes perspectivas,
Donde la sombra con la luz en pugna
Imajinarios panoramas finja,
En que halla nubes de matizes varios,

Mares lejanos de azulosa tinta,
I bosques, i remansos,. i cavernas,
I montes que a los cielos desafian;
Venid aquí, i en vuestras arpas de oro
Cantad del Hacedor las maravillas;
Trasladad tan poéticos paisajes
Al terso lienzo que el pincel anima;
Mirad al cazador, que su esperanza
A su ärma mortífera confía:
Contemplad el batel, que al doble impulso
Del tardo remo i de la vela lista,
Surcando va con rapidez estrema,
Cual la flecha del arco despedida,
Las que halagüenas sus costados lamen,
Azules ondas, trasparentes linfas,
Donde sus alas humedece el céfiro,
Donde sus plumas la paloma riza,
I al nacer i al morir, la luna pálida
I las estrellas májicas se miran.
Semejando moriscos adüares
A flor de agua mirad chozas pajizas,
De cuyo techo en espirales sube
Humo que el viento jugueton disipa.
I allá léjos, mui léjos, sobre montes
Tapizados de zarzas i de ortigas,
El triunfante penacho de la palma
Mecerse con serena gallardía.
Misterio i soledad!—por donde quiera
Del ancho cauce en la estension dominan:

Jime la brisa entre el follaje espeso,
La astuta sierpe en las cavernas silba.
I miéntras, entre montes que aun pregonan
La salvaje rudeza primitiva,
Sobre un lecho de mangles cenagoso,
Sosegado hácia el mar corre el Canímar.

Matánzas, 1865.

XII.

A MI HERMOSA AMIGA

LA SEÑORITA

D.ª QUINTINA LOPEZ I ALDAZÁBAL,

TOCANDO EL PIANO.

Cuando con tus lindas manos,
Cual ampos de nieve blancas,
Diestra del teclado arrancas
Sonidos, que los arcanos
Traducen del arte armónico
De Bellini i de Gostchalck,
El Jenio entónces pareces
De la Música, fantástico,
I no se porque apareces
Mas bella.—Por eso estático
Te escucho i a la par admírote,
¡O hermosura tropical!

Tal vez sientan los marfiles
Del piano tus sensaciones,
Cuando tus dedos sutiles
Inquieren plácidos sones,—
Llena de entusiasmo insólito,—
Al sonoro diapason.
Tal vez!.... porque a tanto alcanza
Quien gran sentimiento abriga.
¡Feliz ¡ai! mi dulce amiga,
Quien corone su esperanza
El *Miserere* escuchándote
Del sublime *Trovador*!

1866.

XIII.

ISAAC NEWTON.

No es el acaso, escollo de la ciencia,
Quien la celeste máquina dirije;
De una en otra induccion al fin colije
El sabio que es la augusta Omnipotencia.

Reservado á la grande intelijencia
A quien WOLSTROP un monumento erije,
Estaba el descubrir la lei que rije
A los planetas, e indagar su esencia.

Ese Jenio fué Néwton: la caida
De la histórica fruta bastó solo
La atraccion a esplicarle—lei de vida.

Por eso de Leibnitz rival jigante
De la tórrida zona al yerto polo
Albion, su patria, le aclamó triunfante.

XIV.

A UN ANJEL CAIDO.

Desgraciada mujer! Cuando en la orjía,
Vendiendo tus caricias, oro adquieres,
¿No te recuerda acaso tus deberes
La recta voz de la conciencia fria?

No del amor y sus creencias ria.
Tu estóico corazon entre placeres:
No hagas ¡ai! que maldiga a las mujeres,
Que ellas son mi delirio todavía.

Ves?... La azucena que agostó el verano
Imájen tuya es, Anjel caido,
Al deletéreo lodazal mundano.

Tu funesta pasion echa al olvido,
Que aun eres jóven, i el amor tirano,
Aun puede hacer en tus entrañas nido.

XV.

IDILIO.

Antes que el alba perlas
Derrame en la colina,
I el ruiseñor entone
Su tierna melodía;
Cuando en el limpio cielo
La estrella matutina
Esplendorosa vierte
Su luz trémula i tibia,
Deja su humilde choza
La encantadora Elvira,
Doncella que no tiene
Tres lustros todavía,
I es pura cual la estrella
Que a oriente se avecina,
I hermosa como el rayo
Que anuncia un bello dia.

No bien su lecho deja
Al rédil se encamina,
I allí de ovejas saca
La alegre comitiva.
I miéntras el rebaño
En la pradera trisca,
Sentada ella en el tronco
De alguna vieja encina,
Ya teje una guirnalda
De simples maravillas
Para adornar con ella
Su faz púdica i limpia;
Ora el rabel tomando
Su mano alabastrina,
El aire al punto puebla
De gratas melodias.
O bien sentada a solas
En la risueña orilla
Del manso riachuelo
Que riega sus campiñas,
Allí por largo rato
Sus ojos se estasian
Mirando sobre el agua
Sus gracias peregrinas.
¡Salve mil vezes! ¡Salve,
Pastora simplecilla!
En tanto que de flores
Tu blanca frente ciñas,
I alegres trovas cante

Tu dulce voz melíflua,
Antes que el alba perlas
Derrame en la colina,
I el ruiseñor entone
Su tierna melodía.

XVI.

LA VIRJEN I EL POETA.

Están por la tarde a solas
En un florido remanso:
Él jazmines recojiendo,
Ella lirios deshojando.
Brilla el sol resplandeciente
En las nubes del ocaso,
Como la auréola de Milton,
Como la frente de Byron.
Aromas tiene la brisa,
Tienen música los campos,
I suspiros i misterios
Los espíritus del lago.
Pero en medio de la escena
De panorama tan grato,
Reclina sobre el musgo
De aquel florido remanso,
La Vírjen está mui triste

Blancos lirios deshojando.
Si canta el ave en un sauce
No le seduce su canto;
Si al espacio bordan nubes,
No le enamora el espacio.
Nada! nada!—bajo el peso
De su dolor inhumano,
La vírjen lirios deshoja,
Jazmines recoje el bardo.
Pendiente de sus miradas
El trovador entretanto
Suspira, al ver què padece
Aquel serafin gallardo.
¿Porqué el ambiente amoroso—
Sentido le dice al cabo—
Suspiros, solo suspiros
Bebe en la flor de tus labios?
Fijó la Vírjen entónces
La mirada en el espacio,
Apoyó la blanca frente
En el hueco de la mano,
I entre lágrimas i flores
Así prorrumpieron ámbos,
Miéntras silencio solemne
Imperó en aquel remanso,
Do vogaban las ondinas
Con los silfos platicando.

La Virjen.

¡Cómo el postrer suspiro
De un pecho amante,
Entre nubes i lágrimas
Muere la tarde!
¡No de otra suerte
Espiró mi ventura
Rápidamente!

El Poeta.

No así tierna sollozes,
Anjel del alma,
Que tus ayes el pecho
Me despedazan.
Nací poeta,
I sé lo que un sollozo
Al alma cuesta.

La Virjen.

Este llanto que inunda
Mis tristes ojos,
Reprimirlo no puedo,
Por eso lloro.
Que no hai consuelo
Mas eficaz que el triste
Llanto que vierto.

El Poeta.

Vírjen, como los ánjeles
Hermosa i cándida,
Serafin que aun no tiendes
Las blancas alas.
Dime las cuitas
Que amortecen las rosas
De tus mejillas.

La Vírjen.

No ignoro que se goza
Cierta dulzura
Declarando las penas
Que nos angustian.
Pero las mias,
Si consuelo no alcanzan,
¿Por qué decirlas?

El Poeta.

Como al soplo del cierzo
Mueren las flores,
Murieron ¡ai! murieron
Mis ilusiones.
Lloré insensato,

Pero al son de la lira
Me he consolado.

Deja, pues, que yo entone
Tiernos romances,
I verás uno a uno
Huir tus pesares.
Que son los ecos
Del laud del poeta
Vozes del cielo.

Dobló su frente la Vírjen
Con inefable desmayo,
Melancólicos cantares
Comenzó a entonar el bardo,
I siguieron las ondinas
Con los silfos platicando.

XIII

CECILIA ULMO.

¡Oh, sí; es preciso que lloremos tanto
Que, escaldados los ojos por el llanto,
Llorar no puedan mas!
¡Doncella muerta en flor como un suspiro,
No mas el aura en voluptuoso jiro
Tus trenzas rizará!
No mas en noches de noviembre hermosas
Cuando brilla la luna, y orgullosas
Lucen doncellas mil
Su garbo y donosura en la retreta,
Al verte sentiré— pobre poeta.—
Mi corazon latir.
Entre gasas i luzes centellantes
No mas del baile probarás, cual ántes,

La plácida embriaguez;
Sumerjida en continuo devaneo,
Con tus hermanas ¡áy! en el paseo
Ya mas no te veré!
!Ved la luz apagada de esos ojos
Que miraban tan dulces sin enojos
Mústio el carmin está
De su risueña boca: deslustrada
Su negra cabellera, i desmudada
Su candorosa faz.
Ay! a ocasiones pienso que la miro,
I de mi pecho exálase un suspiro
Creyendo respirar
De su virjínea veste la ambrosía
Pensando que a sus ojos todavia
Su alma asomada está.
Mas de su pecho el fuego se ha estinguido
Del pecho aquel, que para amar nacido,
A amar solo aprendió
El doméstico hogar de la famillia,
Que un ánjel tutelar en ti, Cecilia,
Felize contempló.
Hambrienta de cadáveres la fosa
Ni tu temprana juventud, hermosa,
Siquiera respetó,
Ni de tu padre la vejez austera.....
Ah! quien sabe la dicha que la espera....
Buen padre, fiad en Dios.

XVIII

Á LAURA

Hija de la misteriosa
Union de un rayo de luna
I un tierno boton de rosa,
Naciste en la silenciosa
Orilla de una laguna.

I al hollar el polvo inmundo
Tu brevísima sandalia,
América con profundo
Gozo dijo:—"Admire Italia
La Laura del nuevo Mundo".

Murió Petrarca, i la pura
Laura de Novés murió;
Pero un poeta nació
Para cantar tu hermosura......
Ese poeta soi yo.

XIX

A UNA ANDALUZA.

Púdica rosa, gallardo lirio
Que rico en flores fecundo cria
El fértil suelo de Andalucía,
De la hermosura grata mansion.
Náyade esbelta, cuya cabeza
Ornan sedosos negros cabellos,
Mi alma prendida llévate en ellos
I con el alma mi corazon.

¡Cuál me recuerda tu tez morena
El limpio cútis de mis hermanas
Las seductoras americanas,
Que son veneros de castidad!
¡Cuál de tus ojos negros cu al noc

I rutilantes cual dos estrellas,
Las espresivas miradas bellas
Me hacen que sueñe felizidad!

Los trovadores para las damas
En que atesora naturaleza
Todo el hechizo de la belleza,
Toda la majia de la virtud,
Guardan sus flores i sus baladas.—
¡Con cuanto gozo por tus amores
De mis verjeles diera las flores,
Diera los himnos de mi laud!

XX

A UNA POETISA.

(CONTESTACION.)

Con la mirada en el éter
I en la tierra el pensamiento,
De una nube el jiro vago,
Linda Julia, vas siguiendo.
Yo entretanto embelesado
Con tu amor i tu recuerdo,
La clara luz de una estrella
En la alta noche contemplo.
Jime la brisa en el sauce,
La palma ecsala un lamento,
I no cesa tu capricho,
I no desmaya mi empeño.

De sombras se cubre el monte,
De luto se viste el cielo;
Tu siempre en pos de la nube,
Yo siempre en pos del lucero.
La imájen del ser que adoras,
El arcanjel de tus sueños;
Entre sus pliegues de gasa
Te lo pinta un devaneo,
I mientras, allá en mi estrella,
Velada por el misterio,
La suave luz de tus ojos
Embebecido contemplo.
Vuela la nube — i tu vista
Sigue su inconstante vuelo:
Late la estrella, i responde
A sus latidos mi pecho,
I aunque de sombras el monte
Se vista i de luto el cielo,
Tú siempre en pos de la nube,
Yo siempre en pos del lucero.

En la noche de mis cuitas
Fuiste estrella de embelesos
Que del naufrajio del mundo
Me salvó con sus reflejos,
Ah! desde entónces soi nube
Que en el trasparente cielo
De tu alma, — está llorando
Presentimientos funestos.
¡Qué poco viven las nubes!

¡Su pesadumbre qué presto
En lágrimas las deshace
Para que ablanden el suelo!
Oh Dios! tu grandeza adoro,
I tus designios respeto,
Porque no faltará llanto
Que bañe mis pobres restos.

Bella nube, bella nube,
Peregrina de los cielos,
Mensajera de otra vida,
Precursora de mi invierno;
Cuando la muerte ineflecsible
Deje ecsánime mi cuerpo,
Llora sobre mí a raudales,
Que á tu benéfico riego
Brotará sobre mi tumba
Una flor de pensamiento

Al resplandor de la luna,
I allá, al confin de un desierto
Arido como la vida,
I como la muerte tétrico,
Mece el aura de la noche
Los sauces de un cementerio,
En cuyo dintel espira
Un escabroso sendero,
Bóvedas de blanco mármol
Sin órden i sin concierto,

Cubren el amplio recinto,
Morada de los que fueron.
El jenio de los difuntos
Yace al umbral, i severo
En la piedra de una tumba
Apoya el brazo siniestro.
El libro de cien naciones
Tiene a los piés, polvoriento,
I sus terribles miradas
Amedrentan al viajero.
A la pisada mas leve,
El cóncavo pavimento
Retumba, i salir parecen
De sus cavernas los muertos,
Cual si turbado creyeran
Su descanso sempiterno.

Una tumba solitaria
Sin lápida ni ornamento,
Se mira del campo-santo
Abandonada a un estremo.
Una nube i una estrella
I una flor de los recuerdos,
Constantemente acompañan
Aquel sepulcro modesto.
La nube llanto le riega,
La estrella le dá reflejos,
I suspiros le consagra
La flor de los pensamientos.

XXI

SU IMAGEN.

Con lágrimas de acíbar bañé los ojos mios,
El pecho en mil pedazos partírseme sentí,
Cuando dejé la bella Ciudad de los dos Rios,
I adios al Valle dije i adios al Yumurí.

La nave voladora el piélago surcaba
A impulsos de la enorme potencia del vapor:
El cielo estaba en calma, el mar tambien lo estaba
Inquieto solamente mi enfermo corazon.

Entónce al son del arpa de bardo arrepentido
Consuelo suspirando al cielo demandé,
I el cielo mis clamores tal vez compadecido
Me envió la vaporosa vision de una mujer.

Cual suele en noche triste brillar resplandeciente
Efímero relámpago, fugaz ecsalacion,
Cruzó por mi memoria pintándose en mi mente,
Velada en el misterio, la májica vision.

Es rubio su cabello: su boca sin mancilla
De aljófares es lluvia en cáliz de clavel;
Rasgados son sus ojos, de rosa es su mejilla,
Su talle peregrino palmera del Eden.

En ella reconozco la imájen bendecida
Del ser en cuyo seno mi amor deposité:
El alma de mi alma, la vida de mi vida,
I el ánjel que en mis sueños de niño imajiné.

XXI

EN EL ALBUN DE UNA HERMOSA.

Cual suspende a un alma sola,
En noche de luna bella,
La mirada de una estrella
El suspiro de una ola;

Así queda, en sus antojos,
Suspensa mi mente loca
De las niñas de tus ojos
I las flores de tu boca.

Mi espíritu,—sin agravios
Contemplándote,—vacila
Entre la flor de tus lábios
I la luz de tu pupila;

Mas colma siempre su anhelo
Hallando tumba de amores
Entre tu boca de flores
I tus miradas de cielo.

XXI

EL AVE DE LAS TORMENTAS.

(De Krunmacher.)

Desafiando la cólera del cielo
I al aire dando las tendidas lonas,
Surca el mar una nave, cuyos flancos
Ténues halagan las cerúleas ondas.

Tras ella los delfines juguetean
Con la brillante estela, i en la popa
Del orgulloso buque, los mareantes
Báquicos himnos de placer entonan.

Trémulo el horizonte se matiza
Con la puesta del sol: la noche en sombras
Envuelve al leño, i la marina gente
Canta i blasfema en algazara loca.

¡Ay de aquellos que cifran su esperanza
En el ruido engañoso de las olas
Porque nube ninguna empaña el cielo
I mansamente los alisios soplan!

¡Ay del viajero que al festin acude
I ni siquiera una plegaria asocia
A la oracion que, al espirar la tarde,
Eleva a Dios naturaleza hermosa!

Todo es calma en el mar: solo se escucha
El áspero chillar de una gaviota
Que, fatigada de batir las alas,
Junto al timon fatídica se posa.

La ve el marino que en el puente vela
I el arcabuz precipitado toma:
"Mal hayas—dice—pájaro agorero,"
I al punto el plomo matador le arroja,

Herida el ave del bajel desciende
Mas ántes que los mares le abran fosa
En sus abismos de cristal inmensos,
Así clama con íntima zozobra:

En vano habeis querido en el profeta
Matar la voz que la verdad pregona:
Ella bien pronto rujirá en el trueno,
Pues ya sonó vuestra postrera hora

Dice, i espira. El huracan retumba,
Las nubes en el cielo se amontonan,
Quiebra el rayo los mástiles, i al buque
La Omnipotente Cólera destroza.

XXII

LEJOS DE LAPATRIA.

¡Oh tú, la donosa niña,
La inmaculada doncella,
Que con los ánjeles habla
I con los ánjeles sueña.
La que en las tardes ardientes
Del verano se pasea
Con su madre i con su hermana
En la plácida alameda.
La inocente margarita,
La pudorosa azucena
Cuyo cáliz perfumado
Es un vaso de inocencia.
La de los labios de rosa,
La de mirar de gacela,
La del talle mas flecsible

Que el junco de las Américas.
No eres mujer, eres ángel,
Eres una maga eterea,
Como la pinta el artista
I la concibe el poeta.
¡Bendita la hermosa niña
Que atesora tales prendas,
I en cuyo cándido seno
La santa piedad se alberga!
¡I bendecida mi suerte,
Que, al colocarte en mi senda,
Como americana eres
Me haces recordar a América.

Nacimos, hermosa Amalia,
En la hospitalaria tierra,
Que el Atlántico enamora
I la mar caribe besa.
Isla hermosa i bendecida,
Amorosa patria nuestra
Donde tranquilos pasamos
La edad de la adolescencia.
Confundamos nuestro lloro,
I por bien de Cuba mientras,
Tu alma hermana de la mia
Ruegue a los cielos por ella!

Oh! ¡Quién sabe si la misma

Solitaria palma esbelta
Que te inspiró un pensamiento
A mi me arrancó una endecha!
¡Quién sabe si en aquel *Valle*
Donde el *Yumurí* serpea,
La flor en que te mirabas
Fué para mi la mas bella!
¡Quien sabe si la festiva
Brisa juguetona i fresca,
Que aroma bebió en tus labios
Oreó mi sien de poeta!
¡I quien sabe si la tórtola,
Que a cantar iba a tu puerta,
Al anochecer volaba
A arullarme con sus quejas!
¡O mañana de mi Cuba!
¡O noches, noches aquellas!
¡Un Eden Cuba sería
Si otro Eden poder hubiera!
Como mártir emigrado
Déjame llorar por ella
I eleva Dios tu plegaria
Por bien de la patria nuestra!

XXIII.

A LAURA CARACCIOLO.

ARTISTA ITALIANA.

¡Vedla! ¡Vedla cuán hermosa
Brilla en la animada escena!
¡Bendita su melodiosa
Voz de inspirada sirena!

Lamente crueles agravios,
Deplore fieros enojos,
Nunca demienten sus labios
Lo que declaran tus ojos.

Yo la admiré, yo la oí,
I entusiasta palpité:
Lo que sentí yo no sè......
¡Fué tanto lo que sentí!

Tales sus primores son,
Que siempre que los emplea
Doblemente nos recrea
La vista i el corazon.

Que son tantos los hechizos
De su rostro i su garganta,
Que almas prende con sus rizos
Cuándo mira i cuando canta.

¡Qué bien su acento remeda
En gratas modulacíones,
El rumor del aura leda,
La voz de los aquilones!

¡Qué bien a su arbitrio sabe
Imitar plácidamente
La triste queja de un ave,
La alegre voz de una fuente!

Ave i fuente en su garganta.
Tal parece que atesora:
¿Salta la fuente?—es que canta;
¿Suspira el ave?—es que llora.

¿Qué siente cuando inspirada
El alma nos estasía
Con la inefable armonia
De sus labios exhalada?

—Ventura acaso infinita,
Porque de su gloria en pos,
En ella entonces habita
El espíritu de Dios

XXIV.

EN LA MUERTE DEL INSIGNE POETA D. VENTURA DE LA VEGA.

De fúnebres crespones
El arpa orlad, con que en risueño dia
Canté de amor las grratas emociones,
Tréguas dando al continuo snfrimiento
Que fiero mi existencia consumia.
I pueda la voz mia
Disuelta en ayes, fatigar el viento,
I el himno funeral de la elejia
Libre entonar con lastimero acento

Justo es, sí, que la pérdida deplore
Del vate ilustre, i que su muerte llore:
Con la amarilla flor de los sepulcros

I no con mirto i rosa,
Es fuerza a veces, que el poeta ciña
La cítara armoniosa.

¡Oh tu pálida y triste
Musa dél llanto, a mi clamor acude:
Para el laud pulsar, que luto viste,
Destreza da a mi mano
Tú sabrás inspirarme,—i con tu ayuda
Al mundo entonces le dirá mi pena,
Cuanto ha perdido la española escena
Con la muerte del Cisne americano.

I tú, Dios soberano,
Tú, que su egrejia frente
Iluminaste con un rayo de oro
De tu divina aureola refuljente;
Tú que diste a su voz timbre sonoro
E infundiste en su éspiritu enerjía,
Manteniendo en su pecho inestinguible
El fuego de la santa Poesia;—

¡Oh Ser incomprensible
Que poblastes de mundo en el vacío!
Pues suma es tu bondad, e inconcebiblé
Es al hombre señor tu poderio,
¿Por qué, por qué, Dios mio,
Permites que la muerte despiadada
Corte el estambre frajil de una vida
Al trabajo, al estudio consagrada,

Cuando aun está la tiérra removida
De las tumbas de Rivas, de Pacheco
De Diaz i Galiano,
I—¡*han muerto*!—conmovida
Dice una voz que centuplica el eco
Allá en Europa en el confin lejano?
¡Soberano Señor de tierra i cielo!
¿Será qué el implacable
Monstruo del esterminiosobre el suelo
Riquísimo de España
Sus alas desplegó? ¡Dios de consuelo!
Quiebre, rompa, destruya
Tu diestra formidable
La funesta segur inexorable
Que colérico blande ardiendo en saña,
Haz que temblando a sus cavernas huya
E impide, por piedad, que su cuchilla
Desolacion i espanto
Sembrando siga entre los nobles hijos
Que enaltecen el habla de Castilla.

¡Llorad; llorad en tanto,
Musas de Helicon!—que con el llanto
Vuestros duelos prolijos
Lograreis mitigar ¡Murió el Poeta!
Herido de la muerte
Por el tremendo rayo,

Su espíritu exhaló: no de otra suerte
Con el perfume la existencia exhala
La aromática i tímida violeta
En las tardes poéticas de mayo,
Cuando traspone el sol los horizontes
Bañando con luz los encumbrados montes

Hijas de la esperiencia
I del estudio al par-¡Con cuántas obras,
De gusto acrisolado,
El nacional teatro enriquecia
La activa intelijencia
Que en su cerebro ardia!
¡I con cuántas, con cuántas todavia
Hubiera al castellano lustre dado,
El gran poeta, el literato insigne,
Que, bajo el marmol de la tumba fria,
Hoi torna el polvo de que fué formado.

De luto España está...¡Cuán aflijida
Al cielo vuelve la cabeza cana
La guerrera nacion, madre de genios,
Que a Tirso i Lopez i Calderon dió vida,
La que inspiró á Quintana
Tan patrióticos cantos: la que supo
Denuedo i ardimiento
A Gallego infundir; la que a Zorrilla
A cantar le enseñó sus tradiciones

Con varonil acento;
I la que supo porque asi la envidien
Estranjeras naciones,
Un Byron producir en Espronceda
I el singular talento
Educar de la insigne Avellaneda....

¡Cantor del *Entusiasmo*
I la sublime *Ajitacion!* tu Musa
Apasionada i seria,
Para gloria de América i de Iberia
En los floridos cármenes del *Pusa*
No mas resonará: las soledades
Del bosque i la campiña i el otero
No mas regalará tu plectro de oro:
Admiracion, empero,
I delicia serán de las edades
Tus acabadas obras: con tu muerte
La patria de Cervantes, de Pelayo
I el ilustre cantor del *Dos de Mayo*,
Tres glorias ha perdido,
Que el mundo admira i a la par respeta,
Con la del traductor esclarecido
La gloria del actor i del poeta.

La sociedad, que de entusiasmo llena
Sus vigorosos cantos celebraba:
Aquella que a su jenio tributaba
Aplausos mil en la gloriosa escena

Cuando al *Hombre de mnndo* intarpretaba
Del duelo uuiversal tomando parte,
Une al dolor comun su justa pena.

Los n isterios recónditos del arte
Seductor de la noble poesía,
Nadie cual él mejor los penetraba,
Nadie, cual él, mejor las comprendía:
A su capricho el corazon lloraba,
A su capricho el corazon reia.
Todo lo reocorrió su fantasía,
Todo lo dominó su ingenio vario.
Ha muerto, sí, es verdad! -pero, qué importa?
No morirán *Espagnoleto*, *César*,
Ni *Marino Faliero*, ni *El Corsario*.

Miéntras la España toda
Dando tréguas al duelo que la asedia,
Se enorgullece i de placer palpita
Viendo que ya la clásica trajedia
En su adorado suelo resucita,
Merced a tus esfuerzos,–Bardo egrejio
Descansa en paz!.... .
Alíjera la Fama
Tu nombre hará sonar de jente en jente:
Asi el planeta rejio,
A quien el inca adora reverente,
Recorre el cielo, i con su viva llama
La luz difunde i el calor derrama.

XXV.

Á ORILLAS DEL YUMURI.

Hora, mi vida, que la luna hermosa
Quiebra su rayo vaporoso i frio
Sobre las ondas del callado rio,
I el ave de la noche querellosa
Jemidos finje entre el ramaje umbrío;

Hora que duerme el universo en calma
Alternando el susurro de la palma
Con la voz de la mar que clamorea,
Miéntras que libre de clausura el alma
En fantásticos mundos se pasea;

¡O tú, que has sido para mi en el suelo
Unico alivio i esperanza sola!
Espíritu de amor que huyó del cielo,
Ven, ceñido de fúljida aureola,
La fiebre a mitigar demi desvelo.

Tú, cuyo pecho virjinal anida
Sensible corazon inmaculado;
La del túrjido seno nacarado,
La de la frente de pudor teñida,
Lánguidos ojos i cabello ondeado.

No desdeñes, mi bien, el mustio acento
Que de mi lira plañidero brota;
No mire ¡ai, triste¡ mi esperanza rota;
Ni, en llanto convertido, gota a gota
Refluya al alma mi amoroso intento.

No asi suceda: el entusiasmo ardiente
Por que mi pecho férvido palpita
Satisfecho se mire!......a amar incita
El cielo siempre azul: la clara fuente
Espejo ofrece a tu beldad bendita.

¡Cuánto la augusta soledad no inspira
A un alma cual la tuya apasionada!
¡Solo el inerte corazon no admira
Su innata majestad! Arrebatada
Siempre a su abrigo suspiró mi lira!...

¡Oh! ven, hermosa, a la jentil orilla
Del manso Yumurí, cuyas sonoras
Ondas el viento en su carrera humilla
I al tibio resplandor de la amarilla
Luna, discurran las fugazes horas.

¡Pintoresca mansion! Eden cubano!
¡Perenne asilo de la dulce brisa!
Pajiza choza, que al confin lejano
Entre verdes arbustos se divisa......
¡Modesto hogar del trovador indiano!

Todo es sublime aqui: la voz no llega
Del mísero mortal a estos lugares,
I ardiente el alma en el placer anega
Al grato murmurar de los palmares,
En cuyas ramas el favonio juega.

Aquí se aspira el delicado aroma
De mil sivestres i variadas flores;
I entre brisas, perfumes i rumores,
Escúchase tambien de la paloma
El tierno arruyo suspirando amores.

Ven! que yo te contaré la historia
De los indios felizes quo habitaron
Esta tierra de amor, i a tu memoria
Vendrán los trovadores de alta glori
Que bajo el cielo tropical cantaron

I embriagado de amor i de embeles(
Linda guirnalda ceñiré en tu frente;
I, con el gozo en la sonrisa impreso,
De tus lábios purísimos un beso
Imprimirás en mi mejilla ardiente.

Ven, pues, mi vida, á la jentil ribera
Del manso Yumurí, donde altanera
Crece la palma de la patria mia,
I en plática amorosa i placentera
Nos halle el astro precursor del dia.

XVI.

EL ANJEL I EL HOMBRE.

[Parafrasis de T. Moore].

El Hombre.

—¡Anjel de paz! ¿Qué es el mundo?

El Anjel.

—Es fantasma pasagero
Con su dulce amor primero,
Su desengaño segundo
I escepticismo postrero.

El Hombre.

—Luego si engaños mi anhelo
Hallará solo en el suelo

¿Dónde ecsiste la verdad
Que busco con ansiedad?

El Anjel.

—¡Mortal! ecsiste en el cielo.

El Hombre.

—¿Qué es la gloria?

El Anjel.

—Es engañosa
Estrella, que desparece,
No bien la alborada hermosa
Entre nubes de oro i rosa
Por oriente resplandece.

El Hombre.

—¿Dó ecsalan, pues, sus olores
De la esperanza las flores,
¡De la esperanza! consuelo
De un corazon sin amores?

El Anjel

—En los ámbitos del cielo.

El Hombre.

—Luego los hombres, ¿qué son?

El Anjel.

—Viajeros, que en noche oscura
I en dia de confusion
Con la luz de una ilusion
Navegan a la ventura.

El Hombre.

—¿Entónces la apetecida
Paz, que calme mi desvelo
Tampoco ecsiste en el suelo?

El Anjel.

—Tampoco ecsiste!...escondida
Está en el confin del cielo!

XXVII

DELIRIOS.

Te amé sin conocerte! El cielo sabe
Con que terneza grave
Tu celestial imájen contemplaba,
I tu sonoro nombre repetia,
Cuando los campos de cristal surcaba
En la gallarda i voladora nave
Que del nativo suelo me arrancaba
I a tu patria feliz me conducia.

Testigos fueron del delirio insano
I del secreto, inesplicable anhelo
Que entonces yo sentia,
A mis plantas mujiendo, el oceano,
Sobre mi frente rutilando, el cielo,

Nací para adorarte! El hado quiso
Que, al pisar este bello paraiso
De la rica i feraz Andalucia,
En mi senda te hallase de improviso
Como un iris de paz; como venero
De gracias manantial; como lucero
De hechizo soberano,
Que benéfico guia
De la vida en el áspero sendero,
Al peregrino trovador cubano.

. . . . .

¡Yo te adoro, mi vida! ¡Si supieras
Cómo me embriaga el seductor acento
Que, formas otorgando al pensamiento,
Parte correctamente de tus rojos
Labios, cual entreabiertas combusteras
Que el sol de las Américas colora,
Celos sembrando i difundiendo enojos
En cuántas flores matizó la aurora!......
Cuando tus lindos ojos
En sus órbitas jiran,
I me hablan i me miran,
I a hablarme tornan i a mirarme vuelven,
Hasta que al fin sus rayos se disuelven
En tu pupila oscura
Como el postrer reflejo de la pura,
Voluptuosa i sonrosada tarde;—
Si entonces, mi embeleso, meditaras

En mi suerte crüel, i comprendieras
Ai! la pasion que en mis entrañas arder,
No esquiva entónces a mis ruegos fueras
Ni amorosos deliquios me negaras.

¿Por qué, mi bien, te conocí tan tarde?
¿Por qué,—si mi destino
Era amarte, adorarte, en mi camino
Antes no te encontré? ¿Por què cobarde
Tiembla mi corazon cuando te veo,
Si eres, ¡luz de mi vida!
La esposa prometida
Que soñador en mis delirios creo,
Como una dulce aparicion querida?...

Mas la causa, por suerte,
Me esplico ya de mi temor fundado:
¡Te adoro con ternura! Aniquilado
Tan solo por la muerte
Mi intenso amor será: ¡bien lo comprendo!
Ai! por eso me enciendo
En celos contemplando tus hechizos,
Pues yo sé que mil almas que te adoran
Prendidas van en tus sedosos rizos.

Celos, Amalia, tengo
Del ambiente que besa tu mejilla;
Celos, de la amarilla

Luna que alumbra los azules cielos,
Cuando en tu cuello de alabastro brilla;
En suma, tengo celos
Hasta del aire que respiras leda
Por la tarde en la plácida Alameda.

Anoche estuve en ella,
¡I ni siquiera me miraste, Amalia!
Pura cual siempre. i como nunca bella,
Cruzaste junto a mí: de tu sandalia
Seguí la leve huella
Con paso apresurado,
Hasta que al cabo percibí embriagado
De ventura i de gozo poseido,
El sonoro crujir de tu vestido
I el olor virjinal de tu tocado.
Lo que pasó despues, únicamente
Lo sabe la inocente
Acacia que jentil nos cobijaba,
De cuyas ramas a traves te enviaba
Su casto rayo la amorosa luna
Que en tu frente de nácares brillaba,
Sentados muellemente en el paseo,
Ah! desde entónces al mirarnos juntos
En los campos vagar del devaneo
El astro hermoso de la noche quieta,—
A las citas de amantes oportuna,—
Bendice desde el cielo mi fortuna,
Corona mis delirios de poeta.

XXX

POR LA NOCHE.

En tanto qué la luna presurosa
Recorre la estension del firmamento,
I suspirando mansamente el viento
Besa las margaritas de su fosa,

Alzaré una plegaria fervorosa
Bajo el lúgubre sauce amarillento,
I cederá el punzante sufrimiento
Que consume mi vida borrascosa.

Recordaré la edad de la inocencia,
La sombra evocaré de la que tanto
Amaba en mi fugaz adolescencia,

I que al morir, por único consuelo
Me dijo:—¡Nuestro amor sublime i santo
Conmigo asciende inmaculado al cielo!

XXIX.

POR LA TARDE.

Hai un instinto secreto,
Que irrevocable me impulsa
A visitar por la tarde
La soledad de su tumba.
Por eso cuando entre sombras
Avanza la noche adusta,
I los vapores del lago
En la atmósfera fluctuan;
Cuando calla el ave, i triste
El aura apenas susurra;
Cuando un adios prolongado
Nos dá el sol que se sepulta,

Miéntras Véspero en Ocaso
Meláncolico fulgura;—
Entónces ¡ai! me encamino
Por esa escondida ruta,
Que espira en aquella estancia
Que altos cipreses circundan.
I reclinado ¡Dios mio!
Sobre la lápida dura
Del ser que me fué mas caro
En este mundo de angustias,—
Fija la vista en el cielo
I el pensamiento en su tumba,—
Espero que la luz muera
Del crepúsculo, confusa,
I en plática misteriosa
Estoi con el alma suya,
Hasta que asoma en oriente
La melancólica luna......
Pueden los hados adversos
Tronchar mi ilusion mas pura,
Ahogar mi fe, i mis creencias
Trocar en acerba duda,
¡Embotar mi sentimiento
Puede el dolor!—pero nunca
Morirá el secreto instinto,
Que irrevocable me impulsa
A visitar por la tarde
La soledad de su tumba!

XXVIII.

CUBA.

De Atlante sobre las ondas
Una vírjen se levanta,
De tréboles i bambúes
La morena frente ornada.
Bajo la tórrida zona
Que sus mejillas abrasa,
Duerme pacíficamente
Por dos mundos custodiada.
Es ella la hermosa tierra,
Paraiso de las hadas,
Donde lloran las tojosas
I enamoran las calándrias.

Bajo su cielo sereno,
'.l arrullo de sus cañas,
. al dulcísimo concierto
De sus fuentes i sus palmas,
Oyóse el májico acento
De las cítaras doradas
De Milanés i de Heredia,
De Tolon i Ruvalcaba...
Nunca el alquilon sañudo
Ensayó sus crueles alas
Devastando sus campiñas
De cafetos coronadas,
Ni el invierno inecsorable
Trocó su pompa galana
En innúmeros escombros
Cubiertos de vejez cana:
No de anticuados castillos
Las torvas almenas altas
Preconizan que cayese
Del Feudalismo en las garras;
El rujido de la fiera
Jamas sonó en sus montañas,
Ni la sierpe venenosa
Se arrastró por sus sabanas.
Solo se escucha en sus bosques
En la noche sosegada,
Al concierto mistrioso
De náyades i driadas,

El arrullo plañidero
De tórtola enamorada,
Las melancólicas notas
De la marimba africana,
Con que el esclavo deplora
Verse léjos de su patria,
O bien la trova sencilla
De alguna vírjen cubana,
Que al son del tiple armonioso
Llorando sus penas, canta!

¡Cuántas vezes por la tarde,
Cuando entre nubes doradas
Se oculta el padre del dia
Para alumbrar otras playas;
Cuando Véspero en Ocaso
Nos anuncia la llegada
De la noche silenciosa,
Que mil estrellas esmaltan
I que va, cubriendo el valle
Las colinas i montañas,
Tornando al redil la oveja
I el montero a su cabaña;
Cuando la noche i el dia
Con misteriosa pujanza
Parecen luchar, en tanto
Humanidad se aletarga:
Cuando llorando sus cuitas
La tórtola solitaria

Busca el albergue nocturno
En la *yagruma* o la *guara*,
I cuando de la materia
El espíritu se ecsala,
I al Hacedor elevamos
Ferventísima plegaria,—
¡A esa hora! ¡Cuántas vezes
De la *cúrbana arómatica*
Sentado al pié, repasando
Los anales de mi patria,
Adormíme al blando beso
De la brisa enamorada;
I a lo lejos ver creia
Los *guairos* i las *piraguas*
Del bullicioso Almendares
Hendiendo las ondas claras,
I reclinado en la orilla
Entre las frondosas ramas,
El siboney atisbando
A la dormida *guanara*,
Miéntras cantando su *aréito*
La voluptuosa cubana,
Cándido algodon tejía
Cabe la agreste cabaña!
¡Como entonces en mi oido
Los atabales sonaban!
¡Cual el caracol tronante
Mis potencias ajitaba!

De su túmulo soberbio
Ya el sol mui lejos se hallaba;
Bella la noche lucia
Su estelífera guirnalda,
I la luna, de los cielos
Pendiente cual triste lámpara,
Montes, valles i colinas
Bañaba en su lumbre pálida.
Todo era augusto: misterio
Soledad, silencio i calma,
Su manto voluptüoso
Tristemente desdodablan:
Calma sola interrumpida
Por los suspiros del aura,
O el penetrante chillido
De la nocturna *siguapa*;
Cuando al volver de mi sueño
Vertí una lágrima amarga,
I de ella en pos un suspiro
Doliente ecsalé del alma.
¡Tierra de amor, que idolatro!
¡Cuba hermosa! ¡patria amada!
Jamás el destino adverso,
Me separe de tus playas:
Yo no envidio estraño suelo,
Ni anhelo opulento alcázar.
Feliz seré miéntras duerma
Al arrullo de tus cañas,

Mientras halaguen mi frente
Tus brisas embalsamadas,
Mientras oyendo los trinos
Del solibio i la calandria,
Aspire el fragante aliento
De tus anjélicas hadas.—
Porque al solemne concierto
De tus arroyos i palmas,
Se meció mi humilde cuna,
Bebió inspiracion mi alma.

XXXIII.

LA FIEBRE.

Mientras la casta luna solemniza
El consorcio feliz de nuestras almas;
Miéntras el aura del otoño riza
Tu undívago cabello sin rival;
Sentados bajo el arbol majestuoso
Que flores brota cuando tu lo miras,
Que jime querellante si suspiras,
O triste llora si te ve llorar,
¡O tú la flor mas delicada i bella
Del eden de mis cándidos amores;
En mis vijilias rutilante estrella,
En mis mañanas refuljente sol,

¡Alma del corazon! ¡Luz de mis ojos!
Posa tu mano que el jazmin blanquea,
Sobre esta frente que empañó una idea
I un tenaz pensamiento marchitó.
La noble idea de dejar mi nombre
Esculpido en el libro de la historia,
I el pensamiento que jamas al hombre
Sino al ánjel fué dado comprender;
Porque es de amor tan grande un pensamiento
Que, a contenerlo mi cabeza, es poca,
Porque es de gloria la ansiedad que loca
De los poetas alimenta el ser.
Sentí! pensé!......i en la tenaz contienda
Del corazon i del cerebro, al cabo
Encuentro una mujer que me comprenda,
I esa mujer anjélica eres tú:
Tú, que piadosa mi querella oiste,
Tú que eficaz mis lágrimas secaste,
Tú, mi vida, mi amor! tú que me hablaste
De Dios, de la inocencia i la virtud.
Mira esa luna: el firmamento mira
De infinitos diamantes coronado:
A amarse todo en la creacion conspira,
A esa lei nos sujeta el Hacedor.
¿Qué es sin amor la mísera existencia?
Es la muerte, mi bien; muerte mas triste,
Porque siempre en la tierra un alma ecsiste
Hermana de la nuestra en el amor.

¡I es la vida el amor!...... así lo aclama
Esta fiebre del alma, que anhelante
Otra busca en la tuya con que amante
Sus placeres y penas compartir.
La intensidad de mi pasion sabiendo,
Me llevaste al umbral de un paraiso,
I entrambos corazones de improviso
Acordes principiaron a latir.
La delirante fiebre en que me abraso,
Mitiguen tus palabras de consuelo,
I, asomada a tus ojos de azul cielo,
Haz mi estrella fatídica esplender.
¡Qué harto he sufrido en este mundo ingrato!
¡Harto llorado en esta tierra dura,
I harto apurado el cáliz de amargura
Soñando un mundo que no alcanzo a ver!

XXXIII.

NOSTALGIA.

A UN AMIGO.

Juntas meciendo su ramaje ufano,
Juntas llorando bajo estraño cielo
Que no es el bello cielo americano,
Crecen dos palmas que enemiga mano
Ay! arrancó de su nativo suelo.
No de otra suerte, ricas de emociones,
Suspiran nuestras almas tristemente
Pensando en Cuba, cuando el sol poniente
A iluminar incógnitas rejiones
Desciende entre las nubes de occidente.

XXXIV

ENCANTOS DE LA MUJER.

Cuando a las filas llama del sarao
El preludio de danza sonorosa,
I ávida en pos de la mujer querida,
De súbito placer estremecida
Corre a gozar la juventud fogosa:
En esas horas de delirio i fiesta
En que todo es rumor, i el alma absorta
A los acordes de armoniosa orquesta
A otro mundo mas bello se transporta;
¡Cuanto me place por el baile entónces
Tender la vista, de admirar sedienta,
I contemplar las hechiceras galas
Que en la mujer Naturaleza ostenta!
Ver la trigueña de rasgados ojos,
Pálido rostro i cabellera oscura,

Mostrando alegre en la mejilla pura
El májico rubor de la violeta;
Ver la rubia jentil de labios rojos,
Misto el semblante de clavel i lirio,
Tan bella como un sueño de poeta,
Tan pura como un cándido delirio;
Seguir al son de la amorosa danza
El lánguido vaiven, los jiros vagos
De sus enhiestos talles,
Flecsibles como el junco de los lagos,
Esbeltos como el lirio de los valles.
I embriagado de amores i embelesos
Al contemplar tan májicos hechizos,
Dar la vida por uno de sus rizos,
Dar el alma por uno de sus besos.
Mirar como en la escena iluminada
De todo un pueblo la atencion recrea,
I aplausos mil conquista
La actriz entusiasmada,
En cuyo pecho, que el jazmin blanquea,
Arde i se ajita un corazon de artista;
Sentir que delirante
El alma toda se estremece i llora,
Si en el concierto animador levanta
Un himno querellante
La dulce voz de femenil garganta;
O si inclinado al cadencioso piano
Con gracia encantadora
El talle esbelto de un querube indiano,

Jime la tecla de marfil sonora
Al suave tacto de su linda mano.
¡Loor a la mujer!— Sin su atractivo
¿Que fuera la existencia?— Noche oscura
Donde no brilla esplendorosa estrella,
Estéril campo, donde el aura pura
No halla una flor para embriagarse en ella.
¡Victoria a la hermosura
Por quien Petrarca eternizó su nombre!
¡Bendita sea la mujer aquella
Que intercedió por redimir al hombre!

XXXV.

¡ROGAD POR MI!

[De Millevoye.]

En la solitaria aldea
Donde los pobres habitan,
Presa infeliz de la fiebre,
Un mancebo así decia:
"¡Hijos de la choza! humildes
Segadores de estas viñas,
Rogad por mi en la plegaria
Que alzen vuestras almas limpias,
Cuando el sol ya fatigado
Trasponga nuestras colinas.
Mas cuando de sombra i nieblas

Prados i montes se vistan,
Decid:—"El mísero enfermo
Duerme en paz! ¡Ya no respira!"
I entonad un himno entónces
Al redoblar de la esquila,
Con que el templo de la aldea
Nos llama al morir el dia.

¡Mirad !Ya de mi ecsistencia
El término se aprocsima:
¡Mi dolor cuán lento ha sido!
¡Qué pasajera mi dicha!
Espiro en la deliciosa
Primavera de la vida;
Y ya que en trance tan fuerte
Mi espíritu se resigna,
¡Rogad por mi, segadores,
En vuestra oracion sencilla!

¡O tú, para mi en el mundo
Tierna amante, noble amiga!
Cielo azul de mi esperanza,
Dulce bálsamo en mis cuitas!
¡Tú lo sabes!—La ecsistencia
A tí consagrado habia;
Pero en sus fallos la muerte
Inecsorable destina,
Que al espirar de la tarde
Mi adios postrero te diga.

....

Cuando en la hora suprema,
Que la oracion santifica,
Mi adorada hácia estos sitios
Jemebunda se dirija,
¡O inocentes segadores
Que humildes chozas cobijan!
Interceded en que ruegue
Tambien por el alma mia!

XXXVI.

BAJO UNA ACACIA.

Voló el tiempo en que solia
Inscribir, árbol querido,
En tu verde tronco erguido
Mil ensueños de alegría.
Voló el tiempo en que corria,
Placentero i sin pesares,
Por estos gratos lugares
Do el arroyuelo murmura,
Entonando a la ventura
Mis infantiles cantares.

Tiempos en que me mostraba
Su pompa el mundo, ilusoria,

I, entre esperanzas de gloria
Mi vida se deslizaba;
Cuando estático miraba
El porvenir halagüeño,
Cuando nunca el torvo ceño
Mi semblante entristecia,
I embelesado dormia
Por dulcísimo beleño.

¡Ya volaron, ¡ai! volaron!
I con su adios de amargura,
La hiel de la desventura
En mi pecho destilaron:
En desengaños trocaron
Mis ilusiones mejores:
Luz esperanza y amores
No me brindaràn cual antes,
Las estrellas rutilantes
Las mujeres i las flores.

¡Triste del alma que pierde
Al soplo de las congojas,
Como la mia sus hojas,-
Flor hermosa en tronco verde
¡Ai triste de quien recuerde
Que, al crujir los alquilones
Huyeron sus ilusiones
Como las hojas que van
En alas del huracan.

Por incógnitas rejiones!. ......

Si con su jélida mano
El Invierno te marchita,
En Primavera bendita
Te ostentas, árbol, lozano.
I, con tus galas ufano,
Al márjen del arroyuelo
Te elevas buscando el cielo
Con serena gallardía,
I rei de la selva umbría
Te proclama el verde suelo.

Sobre tu copa las aves
Cantarán tal vez amores,
Prestándote sus rumores
Dulces céfiros süaves;
Pero yo entre tante graves
Penas sentiré en mirar
La Primavera adornar
Montes, valles i colinas,
Sin que vuelvan mis divinas
Ilusiones a reinar.

¡Adios, edad sonriente
De insomnio i perenne afan,
En que las mujeres dan
Besos de amor en la frente!
Edad en que prestamente

Cualquiera pena se encalma,
Edad en que duerme el alma
Llevada en pos de su halago,
Como las ondas de un lago
En una noche de calma.

¡I tu tambien hechicera
Mujer a quien quise tanto!
Adios!— que ya el desencanto
De mi pecho se apodera.
¡Adios por la vez postrera,
Fascinadorá hermosura,
Que, amar finjiste, perjura
Desgarrando sin clemencia
Un alma toda inocencia,
Un seno tode ternura!

¡Arbol que idolatro! Llora
Las hojas ¡ai! que perdiste;
Mas guarda el recuerdo triste
Que en tu tronco inscribo ahora.
Así del rayo a deshora
No temas la cruel saeta,
Que hasta el mismo Dios respeta
Cual un objeto bendito,
El árbol do mira escrito
El recuerdo de un poeta!

XXXVII.

DIA DE DIFUNTOS.

El aire vago puebla jemido pavoroso,
Los bronces de los templos no cesan de doblar,
I el pueblo congregado camina silencioso,
Vistiendo negro traje al cementerio a orar.

Que es dia de difuntos, i es justo que siquiera
Un dia consagremos del año con fervor,
A visitar las huesas donde la muerte fiera
Hundió las dulces prendas de nuestro santo amor

Doblad, campanas tristes, doblad roncos metales,
Que a vuestro melancólico i lúgubre plañir,
Levantarán los muertos sus losas sepulcrales,
El sueño de las tumbas cansados de dormir.

I á un mismo tiempo todos, la fosa abandonando,
En medio de la noche sombria acudirán
Al túnebre banquete que un año preparando
La muerte les estuvo con incansable afan.

I en él por los qué viven brindando los finados,
Los vivos temerosos sus bríndis al oir,
La gran miseria humana recordarán cuitados,
—I pensarán entónces que—lei es el morir...

¡O niña que a tu padre perdiste en los albores
De tu vivaz, risueña i plácida niñez!
Prepara una guirnalda de inmarcesibles flores
I ponla sobre el nicho del que te diera el ser.

¡I tú, huérfano triste de escasos diez abriles
Que rompes en sollozos cual suelo romper yo,
I ajeno en años pocos a devaneos pueriles
Suspirás por la madre que el cielo te robó¡

De frescas siemprevivas sobre tu tumba fria
Coloca una corona, i postrate a llorar
En la bendita hora en que agoniza el dia,
I da un adios tan triste a cielo i tierra i mar.

¡Viuda inconsolable! ¡Doncella sin ventura
Que clamas por tu amante! llorad ambas a dos
Junto a la cruz que vela la aislada sepultura

De los amados seres que plugo daros Dios.

El Dios sapiente i justo que rije el firmamento
I en eje de diamante la tierra hace jirar;
El Dios que si quisiera podria en un momento
El globo que habitamos en átomo trocar.

¡Doblad, campanas tristes, un hora i otra hora!
Doblad i á los creyentes al templo congregad:
La vida con su pompa fugaz, deslumbradora,
No es mas q. una quimera: la muerte es la verdad.

A su apacible puerto nos dirijimos juntos...
El viaje es borrascoso: Jehová lo quiere así:
¡Doblad sonoros bronces, doblad por los difuntos!
I cuando yo me muera doblad tambien por mí.

XXXVIII.

¿OLVIDARTE?

¿Olvidarte, vida mia?
A tí, mi sueño de rosa,
Encarnacion misteriosa
De amor i de poesía?

¿Cuado la ecsistencia amada
Placentero por tí diera,
Imajinas desconfiada
Que olvidarte yo pudiera?

Tu bien sabes que te amaba
I mi amor correspondiste,
Auyentando así la triste
Soledad en que me hallaba;

I los versos que el despecho
I el martirio me arrancaron,
En la ürna de tu pecho
Dulcemente resonaron.

¿I dudas que pueda amarte,
Anjel de mi vida aliento?
¿I pudo tal pensamiento
Por tí cruzar ?...¿ Olvidarte?

¿Ni como te olvidaria
Causándote, niña, enojos,
Si eres la luz de mis ojos
I el alma del alma mía?...

XXXIX

¡ERA UN ANJEL!

I.

¡Bien me lo dijo el corazon!.. Del cielo
Un ánjel era, que a la tierra vino,
Benéfico regando en mi camino
Las flores del consuelo.
Pero osaste mirarle, alma fogosa,
Como los seres de la tierra humanos,
¡I al cielo se tornó!......Allí reposa
Con los querubes que le son hermanos!

II.

¡En vano les pregunto a las estrellas
Dónde se oculta mi adorada, dónde!

¡Sofócanse en el aire mis querellas,
I nadie me responde!
¡Ai!—¿Qué me resta de la tierra impía
Si ya no ecsiste mi ideal tesoro,
Si ya no escucharé, como solia,
De sus carmíneos labios un te adoro?......

III.

¡Llorar i suspirar!—Tal es la suerte
Que me depara despiadado el cielo:
Sembrando en todo desencanto i duelo,
Llorar hasta la muerte!
Así sin esperanza ni emociones
Hoi a los brazos del azar me entrego,
Perdidas mis mas gratas ilusiones,
Yerto tal vez mi corazon de fuego.

IV.

Pero, ¿es cierto, gran Dios? Mis tristes ojos
Ya mas no verán hasta aquel dia,
En que deje en la tumba el alma mia
Del cuerpo los despojos?...
¡Nó!—que en la noche cuandocalla todo
I el mundo duerme en plácido sosiego,
Viene a mi lecho, i con afable modo
Besa mi frente, i desparece luego!

XL.

AMOR DE UN DIA.

Al fúljido rayar de nueva aurora
Rasga la flor el perfumado broche:
Nítidas perlas en su cáliz llora
La blanca luna en la callada noche;
Mas cuando el astro que los cielos dora
Hunde en ocaso el rutilante coche,
Viendo la tarde fenecer, suspira
La tierna flor, i sobre el tallo espira.

Con ósculos de paz selló mi frente
No bien de amores apuré el veneno,
La púdica beldad adolescente

Que en el santuario atesoré del seno.
Rasgaba un lirio su boton luciente,
Brillaba el alba en el azul sereno:
Yo era el rayo de luz que amanecia
I ella la flor que su corola abria.

Pero vino la tarde agonizante,
Sobre el mundo tendió su velo umbrío,
I pereció la flor;— en el instante
Heló mi pecho el desengaño impío:
Clamé por ella, i como solo errante
El eco devolviese el clamor mio,
Prorrumpí con la voz de la elejía:
¡Fué su efímero amor, amor de un dia!

XLI.

AMOR INMORTAL.

Su imájen miro cuando allá a lo léjos
Al arenal el torbellino azota,
O si en las altas horas de la noche
Pasos escucho en mi modesta alcoba.

Me remeda su voz aquel susurro
Que ecsala al espirar, la errante ola,
I sus quejas el silfo cuando rasga
El tierno cáliz de la vírjen rosa.

En ella pienso si la luz del alba
Trémula oscila en las cerúleas ondas.

En ella pienso si en el terso lago
Se quiebra un rayo de la luna hermosa.

Me sigue siempre vacilante i triste,
Bien como al cuerpo la impalpable sombra
I si postrado al fin me rinde el sueño,
Mi ensueño celestial es ella sola.

Ai! por eso en las tardes, cuando todo
Convida a meditar, entre las sombras
Me dirijo hácia el bosque de cipreses,
Donde las almas de los justos miran.

¿Quién eres le pregunto i me responde
Sn voz de arcánjel en divino idioma:
" ¡Soi el alma jemela de la tuya
Que en el cieno del mundo te custodia!»

XLI.

INSOMNIO I MELANCOLIA.

(PRIMERA PRODUCCION POETICA DEL AUTOR.)

¡Es de noche!—Tibia luna
Ilumina el firmamento,
Cual de amor un sentimiento
Ilumina el corazon.
Desparece—cambia el cuadro,
Tórnase la noche umbria,
I contrita el alma mia
Su plegaria eleva a Dios.

Cabizbajo, pensativo,
Apoyado en este muro,
Asilo hallaré ~~Asilo~~ seguro

Donde poder meditar,
Mientras crucen el espacio
Envueltos en densas nieblas,
Los jenios de las tinieblas
Que pueblan la inmensidad.

El salobre, estenso abismo
Ante mis ojos se muestra:
En direccion a mi diestra
La poética Ciudad;
I tras el rudo castillo,
Bañada en escasa lumbre,
Se eleva la verde Cumbre
Con sublime majestad.

¡La Cumbre! ¡La hermosa Cumbre!
Ese atalaya jigante
Que le oculta al navegante
El valle del Yumuri,
Que de palmas coronado
I de montes circuido,
Remeda el Eden perdido
Del uno al otro confin.

Allí desplegó su númen
El primer Canton Cubano:
Valle hermoso del indiano
E inocente siboney,
Que pacífico su aréito
Entonaba alborozado,

Muellemente reclinado
A la sombra del jaguey.

Allí bebieron raudales
De nobles inspiraciones
Los sensibles corazones
De Milanés i Tolon;
El trovador allí encuentra
A la tórtola que jime,
I el viajero el mas sublime
Cuadro de la creacion.

Mas,¿qué escucho?La campana
Hiere el aire adormecido,
Con un lúgubre tañido
Haciéndome estremecer:
Tañido, que continuado
Por—*¡alerta centinela*!
Rápido al espacio vuela
Doliente espirando en él.

¡Es la una!—Triste hora
Que brotas delcampanario,
Como brota solitario
El *¡ai!* de mi corazon:
¡Si yo, como tú, salvando
El espacio libremente,
Pudiera besar la frente
Del ánjel de mi ilusion!......

Todo duerme, i reina en todo
El silencio mas profundo!—
Sepulcro parece el mundo
Que al alma infunde pesar!
¡Es la hora en que las tumbas
Abriendo sus yertas losas,
A las sombras misteriosas
De los muertos paso dán!

¡Y oinsomne! solo escuchando
Del mar el sublime acento,
I a lo lejos el lamento
De la triste humanidad,
Mientras el rápido vuelo
Remonta el ave agorera,
I allá en la torre altanera
Lanza un graznido fatal.

A vezes tan solo escucho
La trova del navegante,
Que en su barquilla flotante
Surca las olas del mar;
O del cautivo infelize,
Que en prision adusta mora,
El ¡ai triste! con que llora
Su perdida libertad.

Bajeles como fantasmas
Sobre la igual superficie

De la líquida planicie
Se ostentan con majestad;
I óyese el vago murmurio
De las ondas adormidas,
Plácidamente impelidas.
Por el lijero terral

En tanto la blanca nube
El firmamento cruzando,
Va en su vuelo semejando
Flotante manto de tul;
I brilla en el occidente
La luz de un astro indecisa,
Cual la postrera sonrisa
De un ensueño de virtud.

Del al cielo nocturno al lloro
Abriendo la flor el broche,
Al céfiro de la noche
Embalsama con su olor;
I preconizan los astros
El poder indefinible
De ese Ser incomprensible
Que el universo creó.

Asi triste el aislamiento
Hallo a mi dolor propicio,
I huyo i detesto el bullcio
I la pompa mundanal:

Prefiero á la luz radiante
Que el ardiente sol envia,
La dulce melancolia
De una noche tropical.

(Castillo de San Severino)—1868.

XLIII

LA ASTRONOMIA.

Hai una ciencia misteriosa i bella
Que a los cielos remonta nuestra mente;
En su alcázar de luz resplandeciente,
El ateismo incrédulo se estrella.

Mundos los astros son, donde centella
La mirada del Ser Omnipotente,
Que formó de la nada el sol luciente
La clara luna i la brillante estrella.

La grandeza de Dios preconizando
Esos globos están, por la vacía
Rejion del éter sin cesar jirando:

Inerrable es la mano que los guia
I que sus movimientos regulando
Establece la lei de la armonía,

XL.

ESTA EN EL CIELO.

I.

¡Qué tristeza reina siempre
En los callados sepulcros,
Ocaso de nuestra vida,
Pero dintel de otro mundo!
Visitante de este asilo,
Siempre que a él vengo, descubro
Verdades sobre sus losas,
Misterios en torno suyo.
Ni el sol, la lluvia, el sereno,
Ni el tiempo en su vuelo rudo
Jamas eclipsar alcanzan
Los caractéres oscuros,
Que sobre la blanca piedra

De algun humilde sepulcro,
Muestran al hombre obcecado
La vanidad de su orgullo,
La miseria de la vida
I la gloria de ese mundo,
Do estás convertido en ánjel,
Léjos del materno arrullo,
Serafin de blancas alas,
Paloma de cuello ebúrneo......

II.

¡Ai! Yo no tuve el consuelo
De acompañar tus despojos!
Mas, ¿qué importa? si mis ojos
Te vieron subir al cielo.

Que en una noche,—á la orilla
Del Almendar—contemplando
Como la luna amarilla
Iba a su ocaso bajando;

Ví, ántes que traspusiera
El mas empinado monte,
Vestirse luto la esfera
Hasta el lejano orizonte.

Detuvo el curso Almendares,
I al besar la blanca arena,
Dijo:—"Murió la azucena
Que perfumaba tus lares."

I discurriendo este acento
Por el remanso sombrío,
Se perdió como un lamento
Entre las ondas del rio.

Entonces alcé la frente,
Presa de fiebre importuna,
I en el disco de la luna
Miré tu imájen luciente.

Mas repiten los palmares
De aquella campiña amena;
"Murió la blanca azucena
Que perfumaba tus lares;"

Cuando del bosque en lo interno
Dijo una voz espirando:—
"Recibe mi adios eterno,"
I lüego...... seguí llorando!

Mas no cual ántes mis ojos
Derramen amargo ¡duelo!...
No acompañé tus desdojos,
Mas te ví subir al cielo.

XL.

CONSTANCIA.

No te puedo olvidar!.. En vano intento
Tu imájen bella desechar del alma,
Para cobrar la apetecida calma
Que embota i adormece el pensamiento.

Inútil afanar!— perennemente
Sigue mis pasos tu adorada sombra,
I el labio mio sin cesar te nombra
Con acento amoroso i balbuciente.

Brille la aurora en el azul cielo,
Rayos prodigue el luminar del dia,
O bien la noche en la rejion vacia
Desplegue augusta su estrellado velo;

Entre el rumor del popular bullicio,
Do el jérmen hierve de falaz fortuna
O cuando goza el mundó del propicio,
Sueño que vierte la arjentada luna;

Como el ensueño de oriental poeta
Siempre te miro juvenil i hermosa,
Mostrando en tu mejilla ruborosa
El májico pudor de la violeta.

Jirar i mas jirar es tu destino
Sobre mi frente que el dolor abate,
Cuando sin fé, sin ilusion lá inclino,
Yerto quizá mi corazon de vate.

Oh! deja vea tu jentil cabello
A tu espalda bajar con gracia suma;
Tu casta frente, que el pesar no abruma,
Los negros ojos i el tornátil cuello.

Que miéntras mira embebecida el alma
Tu imájen pura, rutilante i bella,
Luce benigna mi funesta estrella
I vuelve al pecho la perdida calma.

I entónces juzgo en mi tenaz quimera
Que abandonando el corrompido suelo,
La que ilumina el sol, radiante esfera,
Salvo atrevido con jigante vuelo.

I en ese mundo donde corren miles
Torrentes de esplendor i de armonía,

Donde no braman las pasiones viles
E impera la fecunda poesía,

Allí te estrecho a mi ajitado seno,
Disipan mis enojos tus caricias,
I en un mar insondable de delicias
Tu aliento aspiro de fragancia lleno.

Pero pronto estinguiéndose el delirio
Que tantas veces mitigó mi duelo,
En vano imploro suplicante al cielo
Que suavize el rigor de mi martirio.

Sucede a la ilusion el desencanto,
Mi corazon entre congojas muere,
I, compasiva a mi feroz quebranto,
La recta voz de la razon profiere:

'Es fuerza que la olvides, hombre insano,
Para cobrar la apetecida calma:"
Pero responde con despecho el alma:
"¡No la puedo olvidar! lo intento en vano."

XLII.

Á SEVILLA DESDE LA GIRALDA.

Desde la altiva Giraldaa
Mirándote estoi, Sevilla:
¡Qué bella luces! ¡Cuál brilla
Al tibio rayo del sol
Que a occidente se adelanta,
Tu variado caserio,
I tu campiña i tu rio
Todo frescura i rumor.

Me contaron que eras grande,
Me dijeron que inspiraba
El Alcázar; que asombraba
Tu Catedral;—i escalé
Entonces de la Giralda
El campanario severo,
I con gozo verdadero
Tu recinto dominé.

XLIII

INSPIRACION.

¡Cuán sensible el alma mía
En lágrimas se deshace
Oyendo caer las hojas,
Mirando morir la tarde!
A la sombra reclinado
Del melancólico sauce,
Que, emblema de mis angustias,
Mustio inclina su ramaje,
Siento en tropel confundidas
En mi cerebro ajitarse
Mil imájenes fantásticas,
Que, para colmo de males,
Tras cada esperanza muerta
Un desengaño me traen.
¡Entónces con qué tristeza—
Recuerdo los inefables
Sueños que un tanto endulzaron

La noche de mis pesares!
I contemplar me parece
Con estásis deleitable,
Las sombras de aquellos seres
Que compartieron el cáliz
De la amargura conmigo,
Para luego abandonarme.

Cuando al umbral de la vida
En flor miré marchitarse
Las hermosas ilusiones,
Que al nacer, al mundo traje,
I en mis continuas congojas
En vano fué que buscase
La firmeza de un amigo,
La ternura de una amante;
Cuando me lancé entusiasta
En pos de gloria mas tarde,
I la sociedad estóica
Ví de mis ansias burlarse;
Entónces Naturaleza,
Blanda a la voz de mis ayes,
Lloró conmigo en sus ríos
Jimió, conmigo en sus mares,
I eco hallaron mis suspiros
En sus montañas jigantes.
Ya el sol la radiosa frente
Hundió entre rojos celajes:
De luz se viste el ocaso
I de sombras el levante.

I entre la luz i la sombra,
Cual la pupila de un ánjel,
Sobre el azul de los cielos
Brilla el astro de la tarde.
Pára su murmullo el río,
Acalla su voz el ave,
I en los dóciles arbustos
Cesa de jemir el aire.
Pronto de la luna hermosa
En el rayo vacilante,
Vendrá la Melancolía
A suspirar a estos valles.
Besará mi mustia frente,
I al beso que en ella estampe,
En el himno del lamento
Daré al mundo mis cantares.
¿Pero qué acento interrumpe
En tan solemnes instantes
El silencio en que sumida
La naturaleza yace?
Preludio de un arpa triste
És ese murmúrio errante,
Que de la selva se ecsala
I se pierde al ecsalarse.
Canto armonioso, que anuncia
Al espirar de la tarde,
Que la Musa del poeta
Ya comienza a querellarse.
Yo entre tanto reclinado
A la sombra de algun sauce,

Entre las nieblas descubro
Confusamente su imájen.
Sobre el césped se desliza
Aerea i vaga i rutilante,
Como vision de otro mundo
Que a éste viene a visitarme.
A mi lado se detiene,
I tras un beso inefable,
Sn mano pone en la mía
El arpa que en ella trae.
Vibro sus cuerdas, i entónces
Del fondo de mi alma salen
Canciones cuyo destino
Es morir tan pronto nacen.

XVI.

LA CRUZ DEL MARTIRIO.

Cuando amor nos sonreía:
Cuando amor nos ajitaba,
"¿Me amas mucho"?—preguntaba
La que tanto yo quería
"¡Con ternura, vida mia!
Mas una voz interior
Me advierte ya que este amor,
Que está rayando en delirio,
Va a coronarlo al martirio,
Va alimentarlo al dolor."

I así fué!—Con mudo vuelo
Raudas las horas pasaron,
I a la postre confirmaron
Que mi voz lo era del cielo.
Apagóse ya en el suelo
De mi ecsistencia la luz;
Ya la muerte en su capuz
Envuelve al arcánjel santo,
I del mártir entretanto
Cargo la pesada cruz!

XLV.

TUS OJOS I TU MIRADA

Negros, lánguidos, pulidos,
Diérate el cielo esos ojos,
Para calmar los enojos
I embelesar los sentidos.
Ya despiertos, ya dormidos
Con dulce melancolia,
De tal modo el alma mia
Hechizan, que si por suerte
De ellos viniera mi muerte,
La muerte bendeciria.

Esas pestañas sedosas,
Mas que tus ojos sombreando,

Están el fuego templando
De tus pupilas radiosas:
Pupilas que misteriosas
Revivieron mi esperanza,
Cuando al compas de la danza
Tu esbelto talle mecia,
I en ellas resplandecia
El íris de bienandanza.

Oh! ¡Cuán hermosa luciste
En aquel supremo instante,
Cuando en tu aliento fragante
Ambar de rosas me diste,
Tú entónces no percibiste
La embriaguez de mi contento,
Pues miéntras mi pensamiento
Tan solo en tí se fijaba,
Allá en el cielo brillaba
La luz de tu sentimiento.

Cuando ilumina mi frente,
Tumba de esperanzas bellas,
La suave luz que destellas
En tu mirar elocuente;
Siento el alma dulcemente
Bañarse en melancolía,
Que tiene tal simpatia,
Tal espresion tu mirada,
Como una tarde rosada
Tras un nebuloso dia.

El jérmen del idealismo
Tal vez tu pupila encierra,
Cuando del hombre destierra
El amargo escepticismo.
Yo, que al borde del abismo
Del desengaño, la ansiada
Paz busqué, niña adorada,
Remedio a mi pesadumbre,
La encuentro en la viva lumbre
De tú anjélica mirada.

XLVI.

EN LA MUERTE DE UN AMIGO.

Sin duda la estrella mia
Fuéde adversidad augurio,
Cuando mi hora primera
Sonó en el reló del mundo.
Aun era mui jóven cuando
Despiadado al cielo plugo
Que en el arpa de un poeta
Heredase su infortunio.
¡Cuánto he llorado de entónces!
¡Con cuánto amado sepulcro
A cada instante tropiezo
En mi sendero inseguro.........!
Lloremos hoy que a mi estrella
Melancólica vislumbro,
Luz fatídica arrojando
Sobre horizontes de luto!

¡Lloremos por el que ha muerto,
I al abandonar el mundo,
Con la palma de la gloria
Conquistó el laurel del justo!

Junto a su tumba florece
De rosa un lozano arbusto,
Do en noches de luna bellas
Vela su espíritu mustio.
Pero enjuguemos el llanto,
Porque si lloramos mucho,
Es fácil que se marchiten
Flores de aroma tan puro.
¡Preciosas lágrimas mias!
¡Ayes de mi pecho agudos!
Consuelo prestad al grave
Pesar que en el pecho oculto!
Porqe aunque en llanto anegase
Su losa de mármol duro,
I fatigara a los ecos
Con mis suspiros profundos,
Jamas abandonaria
Los antros de ese sepulcro,
Ocaso de la existencia
Que es oriente de otro mundo.

XVI.

UN PENSAMIENTO.

(De Lamartine)

Reclinado muellemente
En su barquilla flotante
A merced de la corriente,
Himnos regala al ambiente
El sencillo navegante.

I miéntras va su cancion
Con melancólico son
Cruzando la mar oscura,
La mundana desventura
No punza su corazon;

En vano sombra querida
En la orilla le convida
A plegar la blanca vela:
Canta, i con su voz sentida
Su espíritu se consuela.

I el aura que juguetona
I lasciva se desata
Olas rizando de plata,
Con los cánticos que entona
Sus pesares arrebata.

XLII.

RUINAS.

(De Paul Lagreze.)

Je vous aime ¡ó debris!.
Victor Hugo.

Desde el recinto de ese inmenso bosque,
Que el olmo altivo i el cipres circundan,
Alzó otro tiempo la piedad cristiana
Un templo á Dios con reverencia suma.

De esos muros derruidos, donde el ave
Seguro albergue por la noche busca
Entre el espino i el inculto cardo,
Partió sublime la oracion fecunda.

¡Cuántas veces se vió al anacoreta
Asido al árbol de la cruz robusta,
Pedir á Dios que concediese pío
Resignacion al hombre en sus angustias!

No bien el alba los lejanos montes
Iluminaba con su luz ebúrnea,
Cuando ese templo con su broncea lengua
Congregaba á las fieles criaturas.

I todos acudian, desdeñando
La esteril pompa que al mortal deslumbra:
El juez junto al vasallo, i los señores
Entre el tumulto de la plebe inculta.

I en el umbral de la grandiosa puerta,
Que aprisionan magníficas columnas,
Santiguábanse todos de rodillas
Entrando luego en la morada augusta.

Entónces un ministro del Eterno,
Miéntras el pueblo su oracion murmura,
Subia al santo altar del sacrificio
Propicia haciendo la justicia suma.

Pero todo pasó! ...... Tan solo quedan
Algunas piedras en la alegre ruta
Que conduce a esas ruinas, donde ahora
El solitario peregrino estudia.

XL.

¡ESTO ES MORIR!

Qué és esto?—Por qué mi frente
Se dobla lánguidamente
Bajo el peso de su angustia,
I una lágrima candente
Qnema mi mejilla mustia?

Esto, mujer, es morir:
Es morir asi llorar,
I, tras de tanto sufrir,
La carcajada soltar
Del histérico reir.

¿Buen Dios! que ni eñ mi retiro
Encuentre la ansiada calma
Que ambiciono, i no respiro?

¿Que á un suspiro de mi alma
No responda otro suspiro?

Corazon! en palpitar
Cesa, cesa! que a estallar
Vas, tras de tanto latir,
¡I es tan amargo morir
Cuando se comienza amar!

¿Amor dije?......¡Padeceres!
Ai! del amor los placeres
Humo son i cieno inmundo,
Porque amor en las mujeres
Jamás ecsistió en el mundo.

Que yo rendí mi querer
Casto i tierno á una mujer,
I tambien ella juró
Amarme hasta fenecer,
I perjura me olvidó.

Coquetismo, vanidad,
Miseria i sensualidad
Hallé en su pecho de bronce;
Abrí los ojos y entónce
Ví la amarga realidad.

La realidad de la vida
Que ciega impulsa al destino
A cambiar en su caida,
Al poeta en libertino

I al libertino en suicida.

Que si al fin tode es escoria
En la vida transitoria,—
¿A qué el afan de vivir?
¿A que la ansiedad de gloria?
¿Mas no valiera morir?

¿Por qué, pues, los corazones
En el mar de las pasiones
Se forjan goces y engaños,
Si luego los desengaños,
Mataran las ilusiones?

Si tras tanto devaneo
Como miente la esperanza
La realidad sin tardanza
Su rostro risible y feo
Nos mostrará en lontananza?

¡Oh ilusiones! blancos lirios
Que me brindásteis delirios
De castisima inocencia,
Ya no mas en la existencia
Mitigareis mis martirios!

¡Ve de mi alma saliendo,
Cruel decepcion, que minando
La estás, en mi pecho blando
el desengaño tremendo
pid fiero clavando!

¡Corazon! en palpitar
Cesa, por Dios, que á estallar
Vas tras de tanto latir,
¡I es tan amargo morir
Cuando se comienza á amar!

Mas si el Dios á quien venero,
El justo Dios á quien amo
Me abre sus brazos si muero,
¡*Vida-adios, ya no te quiero*!
¡*Muerte ven, que yo te amo*!

XLV.

EL MALC STRON.

Vorájine tremenda, cuyo seno
Nunca se sacia de abismar mortales,
De Noruega en las costas boreales
Ruje Malc stron como terrible trueno,
Con saña dilatando prepotente
Léjos mui léjos su fatal corriente.

Revienta el huracan, i turbulento
La nave arroja en la funesta vìa,
Que el nauta en vano, con tenaz intento,
Lucha por dominar en su agonia,
Ora el aciago impulso contrariando,
Ora al profundo el áncora arrojando.

Inútil afanar!— El cielo santo
Sordo se muestra al infeliz marino,
Que sigue por las olas el camino
De irremediable perdicion!...... i en tanto
La frájil nave el surjidero absorbe,
La paz impera en la estension del orbe.

XLVI.

SONETO.

"¡Alienta, corazon! ¡No mas lamento!
Aunque la suerte para tí funesta,
Siembre de espinas tu fragosa cuesta,
Redoble tu agudísimo tormento."
"Como sigue al invierno macilento
Con flores mil la primavera apuesta
El valle engalanando i la floresta,
A tu pesar sucederá el contento."
Esto a mi corazon— que entre dolores
Lentas las horas discurrir sentía—
Voz de los cielos misteriosa dijo;
I al verte descender, ornada en flores,
Como un ánjel de paz que Dios envía,
Trocóse mi pesar en regocijo.

IXX

DESALIENTO.

Si el hombre no comprende mi tormento
Ni las mujeres mi pasion crüel,—
¿Qué mucho que me abrume el desaliento
I apure tanta hiel?......

Treguas a Dios mi espíritu cobarde
Con ayes i con lágrimas pidió;
Mas Él, de su poder haciendo alarde,
El rostro me volvió?..

¡El amor es el alma de la vida!......
¡Ai! si nadie me alcanza a comprender,
Sueñe al ménos la mente descreida
Que me ama una mujer!

Marchitaron las rafagas de otoño
Las flores de mi ardiente corazon;
Del árbol de mi vida ni un retoño
Ya queda de ilusion,

Brilla la luz de mi razon lo mismo
Que lámpara en capilla funeral;
Soi fuego fatuo en pavoroso abismo..
Mi mundo es el erial!

La sangre por mis venas lentamente
¡Mui lenta! ya las siento discurrir
I mi jigante corazon presiente
Que pronto ha de morir.

¡Esperanzas de amor ilusionado!
No acudais á mi grito sepulcral,
Que está todo mi ser envenenado
Por tósigo infernal!

LX.

A UNA MUJER.

¡I ese es el beso que me das tan frio?
¡I ese abrazo me das tan desmayado?
Huye mujer! tu corazon helado
No es digno, no, del entusiasmo mio.

¿Piensas que abrigo un corazon vacio
Como el tuyo mujer? ¡Te has engañado!
Si de amor el santuario has profanado,
De amor tan pobre con desprecio rio.

Yo quiero un beso que mi frente abrase;
Férvido, sí, cual la ilusion primera
Que erótico poeta imajinase:

Quiero un abrazo que romper pudiera
Entrámbos pechos, i en febril porfia,
Unir tu sangre con la sangre mia.

XLI.II

A UNA NIÑA.

Cándida niña, tu sola
Que en belleza a la amapola
Escedes i en lozania,
Hicieras que el arpa mía
Al dulce nombre de Lola
Rompiese en grata armonia:

Tu belleza i tu talento
Sublímanse en el estrado,
Cuando arrancas del teclado
Plácido acorde que el viento
Raudo se eleva al momento
Por el éter azulado;

Que él es digno solamente
De recojerle en su seno,
Puro, tranquilo i sereno,
Nítida flor inocente,
Como la que en valle ameno
Aromatiza el ambiente.

¿Como resistir al grave
Hechizo de tu mirada
Húmeda, tierna, inflamada?
¿Quien hai que tu voz no alabe,
Al par que el carmin süave
De tu mejilla encarnada?

Allá, en playas muy remotas
Con las cuerdas todas rotas
El laud abandoné:
Pero te ví, me inspiré
I estas espresivas notas
Al corazon arranqué.

INDICE.

A Cuba, al partir.................. 1
A Eduardo Asquerino.................. 7
Aníbal.................. 11
La Ilustracion.................. 12
A G G Avellaneda.................. 19
El Alcazar de Sevilla.................. 21
A Cádiz.................. 26
Judit.................. 28
En el Templo.................. 29
A mi amiga G G de Avellaneda 31
El Canimar.................. 33
A G, Lopez Aldazábal.................. 37
Isaac Newton.................. 39
A un Angel caido.................. 40
Idilio.................. 41
La Virjen i el Poeta.................. 44
Cecilia Ulmo.................. 49
A Laura.................. 51
A una Andaluza.................. 52
A una Poetisa.................. 54
Su Imajen.................. 58
En un álbum.................. 60
El Ave de las Tormentas.................. 61
Léjos de la Patria.................. 64
A Laura Caracciolo.................. 67
En la muerte de D V de la Vega 70
A orillas del Yumurí.................. 76
El Angel i el Hombre.................. 80

Delirios........................ 83
Por la noche.................... 87
Por la tarde.................... 88
Cuba............................ 90
La Fiebre....................... 96
Nostaljia....................... 99
Encantos de la mujer............ 100
Rogad por mi.................... 103
Bajo una Acacia................. 106
Dia de Difuntos................. 110
¡Olvidarte?..................... 112
Era un Angel.................... 115
Amor de un dia.................. 117
Amor inmortal................... 119
Insomnio i Melancolia........... 121
La Astronomía................... 127
Está en el cielo................ 128
Constancia...................... 131
A Sevilla....................... 134
Inspiracion..................... 135
La Cruz del Martirió............ 139
Tus ojos........................ 140
En la muerte de un amigo........ 143
Un Pensamiento.................. 145
Ruinas.......................... 146
Esto es morir................... 148
El Malc-stron................... 152
Soneto.......................... 153
Desaliento...................... 254
A una mujer..................... 156
A una niña...................... 157



